

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA

—REVISTA MENSUAL—

—DE LA—

SOCIEDAD CIENTIFICO—LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

**José María Gomar.**

TOMO V.—NUM. 8.

## SUMARIO:

I Correspondencia. — II Justicia, por Alberto Masferrer. — III Notas dispersas, poesía, por Calixto Velado. — IV Víctimas inocentes, por Vicenta Laparra de la Cerda. — V Last time, poesía, por Isaías Gamboa. — VI Hojarasca de Ricardo Fernández Guardia, por Víctor M. Jerez. — VII Notas, poesía, por Juan A. Solórzano. — VIII Mavortia, por Alonso Reyes G. — IX Elegía, poesía, por Jeremías Martínez. — X El taller, por Francisco Espinal. — XI Inhumanidad, poesía, por José María Gomar. — XII El espejo, por Alfonso Daudet. — XIII Lejos, poesía, por Ismael Enrique Arciniegas. — XIV Notas. — XV Miscelánea.

ADMINISTRACION: CALLE DE LA INDEPENDENCIA NUM. 61.

SAN SALVADOR,—TIPOGRAFÍA "LA LUZ" CALLE DE MORAZÁN 31.

AGOSTO DE 1894.

# PERSONAL DE LA SOCIEDAD

## JUNTA DIRECTIVA

Presidente	D. Eusebio Bracamonte.
1 <sup>er</sup> . Vocal	„ Víctor M. Jerez.
2 <sup>o</sup> „	„ Doroteo Fonseca.
Fiscal	„ Juan Gomar.
Tesorero	„ Adrián García.
1 <sup>er</sup> . Secretario	„ Alonso Reyes G.
2 <sup>o</sup> „	„ Isaías Gamboa.

## SOCIO HONORARIO

Dr. D. Esteban Castro.

## SOCIOS ACTIVOS

Dr. D. Nazario Salaverría.	Br. D. Leopoldo A. Rodríguez.
„ „ Francisco Espinal.	„ José María Gomar.
„ „ Alberto Masferrer.	„ J. Antonio Solórzano.
Br. „ Fermín Bayona.	„ Arturo A. Ambrogi.
„ Indalecio Zelaya.	„ Jeremías Martínez.

## SOCIOS CORRESPONSALES

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Doña	Amalia Puga de Losada.
„	Clorinda Matto de Turner.	„	Luz Arrué de Miranda.
„	Mercedes Cabello de Carbonera.	Srita.	Lucila Gamero Moncada.
Srita.	Josefa Carrasco.	„	María Guadalupe Reyes.
„	María Springer.	„	Rafaela Turcios C.
Lic.	D. J. Fermín Aycinena.	Dr.	D. Rubén Rivera.
„	„ Manuel Diéguez.	„	„ Abraham Rivera.
„	„ Carlos A. Imendía.	„	„ Ramón A. Salazar.
„	„ J. Joaquín Pérez.	„	„ Antonio Batres Jáuregui.
„	„ Ismael Cerna.	„	„ Esteban C. Roque.
„	„ Anselmo Valdés.	Br.	„ Juan J. Lainez.
Dr.	„ Désire Pector,	„	„ Antonio Macías.
Lic.	„ Joaquín B. Calvo.	Dr.	„ Simeón Eduardo.
„	„ Salvador Flamenco.	„	„ David A. Payés.
„	„ Enrique Guzmán y Valle.	„	„ Ramón P. Molina.
„	„ Carlos G. Amézaga.	„	„ Santiago Key Ayala.
„	„ Ricardo Rossel.	„	„ Carlos Dárdano.
„	„ Manuel Moncloa y Covarrubias.	„	„ Francisco A. Reyes.
„	„ Justo Zaragoza.	„	„ Baltasar Parada.
„	„ Carlos Gagini.	Br.	„ Adolfo Castro.
„	„ Marcelino Jaramillo Ortiz.	Dr.	„ Jesús Díaz de León.
Dr.	„ Lucio Alvarenga.	„	„ Rafael E. Chaves.
„	„ Nicanor Bolet Peraza.	„	„ Ezio Monjiardino.
„	„ Francisco Argueta Vargas.	„	„ Leonidas Pallares Arteta.
„	„ Celso Briones.	„	„ Ismael Enrique Arciniegas.
„	„ Domingo Martínez Luján.	„	„ Carlos Fernández Shaw.
„	„ José Joaquín Palma.	Dr.	„ Francisco Cárdenas Rodríguez
„	„ Sixto Morales.	„	„ Vicente Lines.

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA

**REVISTA MENSUAL**

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO—LITERARIA DEL MISMO NOMBRE

Comisión Redactora:

Victor M. Jerez.

Eusebio Bracamonte.

Doroteo Fonseca.

**TOMO V**

San Salvador, Agosto de 1894.

**Núm. 8.**

## CORRESPONDENCIA.

Secretaría de Instrucción Pública de Santander—Privado—Bucaramanga, 2 de marzo de 1894.

Señor don Alonso Reyes G.—San Salvador.

Distinguido señor:

Tengo el honor de referirme á la atenta nota de Ud., fechada en ésa el 20 del pasado mes de diciembre, en que se sirve participarme que á propuesta del señor don Doroteo Fonseca fui nombrado socio correspondiente en el extranjero de la Academia “La Juventud Salvadoreña.”

Agradezco profundamente la inmerecida cuanto honrosa distinción que me ha hecho esa ilustrada Academia, la cual al discernirme el inesperado honor de ser miembro de ella ha venido á acrecentar mi deuda de reconocimiento para con esa simpática República, donde siempre se me han dado pruebas inequívocas de aprecio y de simpatía.

Acepto el honor que se me ha dispensado con sobra de benevolencia, y gustoso cumpliré en la

medida de mis fuerzas con las obligaciones que me impone el Reglamento.

Hago votos fervientes por la prosperidad de esa culta Corporación, y con sentimientos de alta estima me es grato suscribirme de Ud. y de sus ilustrados compañeros atento y seguro servidor q. b. s. m.

*Ismael Enrique Arciniegas.*

San Salvador, 4 de marzo de 1894.

Señor:

He recibido el atento oficio fechado el 28 de febrero último, en que Ud. se sirve comunicarme, que en sesión de la Junta General, celebrada en igual fecha de enero recién pasado por la Academia Científico—Literaria “La Juventud Salvadoreña,” fui admitido como *socio activo* de esa Corporación, á propuesta de Ud. y del señor don Doroteo Fonseca.

Con verdadero placer me es satisfactorio contestar á esa ilustrada Sociedad, por el honroso medio de Ud., que acepto gustoso el inmerecido nombramiento que se ha servido conferirme, haciéndole

presente la inmensa gratitud que experimento por su benevolencia.

Sentiré profundamente no corresponder á los deseos de esa Honorable Corporación por mis escasas aptitudes; pero ya que me animan las mismas ideas y sentimientos de que está poseída la Academia, por centroamericanismo y por amor á las ciencias y á las letras, pondré de mi parte siquiera un grano de arena en el grandioso edificio que ha levantado en el mundo de las letras la Sociedad de que Ud. es digno órgano.

Oportunamente daré cumplimiento á lo que dispone el artículo 9 inciso 2º de los Estatutos de la Sociedad; y antes de concluir quiero hacer presente á Ud. y al señor Fonseca mis agradecimientos por sus buenos oficios en hacerme miembro de esa notable Corporación.

Con toda consideración me suscribo de Ud. muy atento seguro servidor,

*F. Argueta Vargas.*

Al señor Secretario de la Academia Científico-Literaria "La Juventud Salvadoreña." — Pte.

---

## JUSTICIA.

---

*Cada hombre debe ser un juez.*

Los hombres de buen humor son bienaventurados. Envidiable privilegio el desos que sólo perciben el lado favorable de las cosas, si por tal camino no fueran derecho á la necesidad. Gente que

no se altera, gente que no se encoleriza, que á todos los atropellos, á todos los asaltos, á todas las embestidas opone el escudo de la indiferencia, está llegando al cielo, si es que no ha tomado ya lugar de honor en el infierno. Sí, el infierno no ha de ser reino exclusivo de los malvados, sino también de los indiferentes, como que son ellos los cebadores de los vicios, los que crecen las alas á los ruines, los que prosperan la osadía de los perversos.

Podéis velar ó dormir, eso queda á vuestra discreción; pero si el sueño se prolonga, hallaréis, al despertar, que lo blanco habrá tomado el puesto de lo negro; que el sapo se habrá empinado sobre las alturas, en tanto que el cisne alicaído y sin aliento andará chapeando en el lodazal; que la zarza imperará en los jardines, mientras la rosa ruegue hospitalidad á los matorrales.

Oh indiferentes, oh pesimistas, oh escépticos! qué rendición de cuentas no daréis cuando suene la hora de comparecer ante Aquél que nada olvida y nada menosprecia.....

Os callarais, y no había cargo contra vosotros; permanecierais en absoluta pasividad, y el daño no era irreparable. Pero cómo, si esta ley eterna del movimiento que rige los cuerpos y las almas os vuelve de neutrales espectadores partidarios inconscientes de todos los extravíos?

En tratándose de reprobar, el silencio sobrepasa, en ocasiones, los límites de la protesta; de tal suerte, que una boca muda pone más espanto que la palabra más

enérgica. Pero no [el mutismo que ríe, sino el que devora en secreto las lágrimas; el silencio que arruga el entrecejo, y grita con la mirada, y asusta con las facciones contraídas, y hace morir de temor con el vislumbre de las tempestades que oculta.

No me habléis de tolerancia, que tal virtud sólo hemos de tenerla para los flacos, para los ignorantes, para los que caen porque sus pasos van rodeados de oscuridad. A esos, el perdón, *porque no saben lo que hacen*. Pero á menos de poseer la naturaleza semidivina del Maestro, nadie haya cuentas con los empedernidos transgresores de la justicia. Jesús, ah! Jesús! Los esplendores de su mirada empalidecen al Sol; la dulzura de su palabra sosiega las tempestades del espíritu; la pureza infinita de su alma descubre manchas en los más limpios corazones. El sí, tolera, perdona todas las caídas, y con su tolerancia acrisola toda impureza, fortalece toda debilidad, cura toda llaga, humilla toda soberbia, cicatriza toda herida, desvanece toda niebla, trueca, en fin, la escoria de las almas en oro finísimo, y bañadas en inmaculada blancura las lleva á los pies del Todo Poderoso. Si podéis acercaros á él, perdonad, tolerad; si no, sed austeros, sed inflexibles; que se oiga á través de vuestro silencio el fallo inexorable; que se vea en vuestros ojos el relampaguear del hacha que derriba los árboles podridos; que vuestra palabra sea la tempestad que esconde á las fieras en sus guaridas tenebrosas; que vuestra mano no

estreche jamás sino las manos limpias; que vuestra casa esté prohibida á los que recorren el ancha senda de los vicios; que vuestra amistad no se dé sino á los que permanecen fieles á la virtud ó á los que de sus filas salen arrastrados por la miseria ó por la ignorancia.

Os lo digo de una vez: hay que odiar, hay que aborrecer, hay que execrar; no á los pequeños, no á los oscuros, no á los pobres de espíritu; sí á los soberbios, á los que conocen el bien y obran el mal, á los de cerebro luminoso y corazón podrido; á los que con el arte y con la ciencia y con el poder y con la gloria y con la riqueza, erigen el sombrío pedestal en que se yergue altiva, coronada de sombras, la estatua del negro rey de las tinieblas.

La justicia legal, decís, la reparación dejada á cargo de las leyes? Dónde está? Dónde reina esa diosa para ir á rendirle mi homenaje? Cuál es la fuerza de esas telarañas? Transcurridos seis mil años, quizá sea tiempo de poner en manos de las leyes el desagravio de las iniquidades que hoy día gozan de toda impunidad. A la vuelta de seis mil años sí tendrá la justicia legal tremendos castigos para los crímenes que al presente están fuera de su jurisdicción. Lo que es ahora, el ingrato, el traidor, el calumniador, el usurero, todos los infames, disfrutan de regias prerrogativas; todos ellos pueden alcanzar á reyes de la tierra, como no se levanten hombres fuertes que les aplasten la cabeza. No me habléis tampoco de la sanción so-

cial, que si hay juez injusto, prevaricador sempiterno, la sociedad lo es. No, la sanción social, es la más odiosa de las mentiras; que el ofensor se escude con la audacia, y todos le rinden tributo. La víctima, esa es la que sufre el vilipendio; la que cae abrumada bajo la montaña de risa de la plebe, y plebe es la inmensa mayoría de los hombres, y como plebe juzga, y como plebe falla mientras no asome quien puede enderezar sus estúpidas sentencias.

Cristo formuló una máxima de todo punto inaplicable al modo de ser actual de la humanidad. Llevarlo todo en paciencia, presentar la otra mejilla, rogar á Dios por el que nos escupe, no es sino el ideal que al correr de los siglos, sujetos los instintos de la bestia al predominio del espíritu, labrará el bienestar de los hombres.

Pero ahora!

La paciencia, la resignación, la humildad, no hacen sino aumentar la osadía de los verdugos, de tal suerte que quien se deje atar á la columna, puede hacer cuenta que ya va camino del Calvario. No es esto lo que se necesita; antes bien arrancar la lengua al que os escupa, ó prepararse á quedar sepultados bajo un río de lodo.

Las pobres mujeres, los faltos de inteligencia, los apocados de corazón, no harán, no podrán hacer sino presentar la otra mejilla. Los fuertes, deben poner las cosas en su punto. La espada, la pluma, no se han hecho para juguete. La espada, arma de dos filos, está propensa á lesionar la justicia en vez de volver por su triunfo; la pluma también, gra-

cias á los más viles entre los viles; pero esos no resisten la embestida de un brazo fuerte; echarlos por tierra junto con los demás delincuentes, no es gran cosa para un alma bien templada.

Escritores, escritores! Por no querer servir de jueces, os va á salir, el día menos pensado, uno que os ponga en el infierno revueltos con los más dignos de castigo. Dante romperá la piedra de su sepulcro cuando vuestra incuria le haga imposible el sueño de la muerte, y con un látigo de serpientes os azotará las espaldas. Pues qué, ¿hay modo de soportar que mientras los verdugos se glorían en su obra nefanda, os estéis ahí tegiendo guirnaldas para vuestras frentes, bordando sandalias para vuestros pies? Pide pan un hambriento; qué os importa? estáis delirando por las japonerías: grita un pueblo porque le salven de una fiera; qué os importa? estáis inventando palabras para adornar una sonora bagatela: el buitro de la usura se tira sobre los necesitados, les barrena el pecho, les bebe hasta la última gota de sangre; qué os importa? estáis fabricando porcelanas. Vosotros sois artistas; queréis el azul, el ritmo, la flor, el biombo chino, el jarrón oriental, el tapiz de gobelinos, la babucha turca. Bien está; pero en este mundo, ó se vive rey ó se vive esclavo: para lo primero hay que empuñar la vara de la justicia; para lo segundo, sobran medios; lo mismo se logra pulsando la lira de oro que manejando la humilde herramienta del obrero.

Siglos atrás los poderosos contaban entre sus servidores, bufones, juglares para desvanecer un poco el negro aburrimiento. Hoy, en plena civilización, no hay despota que no posea su par de poetas, su par de prosistas. Por qué no? un caballo árabe, un sable damasquino son más caros que un ruiseñor desos que saben endulzar las horas negras de los verdugos.

Yo sé que los que desdeñan ese camino tendrán por único premio la miseria y la oscuridad. Hay razón: esta saña, esta ira que se desborda, este anhelo de la pluma por convertirse en hacha, esta musa inquieta que ansía cortar de un golpe todas las cabezas de la Hidra, andan mal avenidos con los paladares delicados; en pugna abierta con los discernidores de la gloria y de las riquezas. Qué importa, si estamos bien con el cetro de hierro de la justicia? Ni se piense por eso que despreciamos el de la belleza, no. Todo tiene su puesto en la economía universal: la flor es tan útil como el huracán; el ruiseñor no vale menos que el león; el murmurio del arroyuelo completa la sinfonía del Océano; el musgo y el cedro, la estrella y la luciérnaga, el colibrí y el águila, el céfiro y la tempestad son notas del gran canto de Dios. La nota falsa de esta inmensa armonía es el mal; el mal es el desequilibrio de la justicia; la justicia es el eterno sol que infunde vida á todas las criaturas.

Siempre que hablo de estas cosas, voy á parar, por uno ú otro camino, á los escritores, á los

poetas, como si sólo á éstos estuviera encomendada la conservación del equilibrio moral. Y es que tengo tan alta idea de la inteligencia, tanto respeto por esa preciosa facultad con que Dios agracia á sus escogidos, que no concibo cerebro poderoso sin la compañía de un corazón rebosante de grandes sentimientos; no concibo el poder creador sino para ser aplicado á los ideales más altos que puede acariciar el humano espíritu. Ahora bien: qué ideal más noble que este de asemejarse al Gran Juez, dando á cada sér lo que necesita para el cumplimiento de su destino? qué misión más santa que esta de abatir á los inicuos, alzar á los caídos, dar luz á los ciegos, oído á los sordos, vida, en fin, á todos los que han hambre y sed de justicia?

“Luz, luz, más luz” dice Goethe, sintiendo cómo se le cierran los ojos del alma al peso de las sombrías tinieblas de la muerte. Luz, luz, más luz, están clamando á gritos todos los desgraciados de la tierra. Luz es justicia; justicia es la enseñanza que se da al ignorante, la limosna que se otorga al mendigo; el llanto con que repartimos el dolor de los que sufren; la palabra de aliento con que se levanta al que desfallece. Cultivo á las plantas, protección á los animales, respeto á la vida de todas las criaturas, odio á todo lo negro, caridad á todo lo débil, es luz, es justicia.

Ved ahora, poetas, escritores, si esa musa es digna de vosotros, si esa deidad merece vuestro culto, ó si habéis de vivir entre-

gados á las primorosas bagatelas que se llevan consigo la energía, el talento, la inspiración de vuestras almas.

Lo que voy apuntando es lo mismo que ya dijeron en palabras y en acciones, esos á quienes estáis rindiendo perpetuo vassallaje; los genios, astros sin ocaso que derraman sobre la humanidad el eterno resplandor de la belleza.

Acaso no está dicho todavía? Yo no sé, pero no es posible que haya pasado inadvertida esta condición perenne, atributo principalísimo que distingue á los merecedores de ese nombre sublime: genio. Sí, el genio, ante todo, es adorador de lo justo.

Ahondad en las sombras de lo pasado, y veréis allá, perdido entre las brumas de la tradición, la venerable silueta de un hombre prodigioso. Es Job que comparece sobre el estercolero, rayéndose con un tiesto la podre que le envuelve. Siete días y siete noches se está ese anciano formidable sin despegar los labios, y ese silencio aterrador resume todo lo trágico que puede haber en la realidad y en la ficción. Dad un día más á ese mutismo, y tendréis el sarcasmo viviente, un alma hecha ironía, un reto espantoso lanzado al mismo Dios. Antes de llegar ahí, Job rompe en grito estremecedor que hace temblar cielo y tierra; imprecación sublime que deja exhausto el inagotable manantial de la poesía. Ese rugido, esa tempestad disfrazada de queja, qué es sino sed de justicia, sed de reparación á todos los golpes que la fatalidad

descarga sobre los miserables representados por el egregio poeta?

Dad un salto hasta la Edad Media, y os encontraréis con un hombre de sombrío mirar que va por las ciudades, con paso de espectro, aterrando á los malvados, temerosos de que el tremendo verdugo les arroje al abismo de donde nadie vuelve. Es Dante, el castigador de los grandes crímenes. El es poeta, pero el divino oficio de la lira le deja libre la mano vengadora con que escribe sobre la puerta del Infierno esa fatídica sentencia: "dejad aquí toda esperanza."

De nada ha servido que Bolívar, el creador de naciones, canse al tiempo y á la suerte en la lucha por la emancipación; de nada ha servido que Marte, encarnado en un llanero, eche despavoridos al otro lado del Atlántico á los opresores de la patria; de nada ha servido que Ricaurte, un desconocido, vuelva oscuras en un momento las heroicidades romanas; de nada ha servido que Sucre, el guerrero ángel; Miranda, el gran girondino, y tantos otros consagren con su martirio la más noble de las causas. A despecho de todo, América continúa esclava, no ya de los españoles, de sus propios hijos que, llevados de la ambición y la codicia, cambian por una corona de espinas, la triunfal diadema de la virgen reina. De nada ha servido, de nada: América es pantano sin orillas, cuerpo putrefacto de donde salen los millares de gusanos que le están bebiendo la sangre. Colón se ha salido de la tumba, y caída la frente sobre el pecho,

llora, llora, llora arrepentido de su obra. América, oh! América! tu herida es de muerte, estás agonizando, ya expiras, ya se oye el tétrico claveteo del ataúd, el sudario está listo; los grandes pueblos empuñan el arado que surca los campos malditos; la sal esterilizante va á caer sobre tu seno. Adios, América! Mas de pronto, erguido sobre la cima del Chimborazo aparece el dios de las venganzas armado de una pluma. Los volcanes contienen su aliento de cíclopes, los ríos paran su carrera, el mar se está inmóvil como si pesara sobre sus olas algo inmenso, las fieras permanecen en sus guaridas, los huracanes han plegado sus alas, y en medio de este silencio aterrador se escucha la resonante voz de Montalvo que condena á muerte á todos los tiranos del Nuevo Mundo. El mismo desciende de su trono y hace de verdugo. Dos gritos y una carcajada, y tres monstruos ruedan por el suelo. Los demás, muertos de espanto esperan, esperan la ejecución de la sentencia, llevada á término por los que han de venir obedientes al mandato del terrible juez.

A qué decir más? Justicia es la musa de los genios; ella les inspira esas creaciones prodigiosas que sobrenadan en el océano del tiempo; ella temple los grandes corazones, las almas de acero en que fracasan todas las arremetidas del mal.

Hombres: sed jueces, no transijáis, no toleréis; raed la podre, extirpad el cáncer; ese es vuestro camino; por ahí, sólo por ahí lle-

garéis al término de la gran jornada.

Al final está Dios.

ALBERTO MASFERRER.

## NOTAS DISPERSAS.

### I

Entre el gozo y el penar,  
Todos, Mercedes, fluctuamos:  
¡Esta vida es un azar  
Que nos obliga á llorar  
Cuando más alegre estamos!

Yo pido al hado que días  
Te dé á ti mucho mejores,  
Sin esas anomalías,  
De que, después que te rías,  
Triste te quejes y llores.

### II

Olímpica es tu hermosura  
Panal de hiblea dulzura  
Denuncia tu linda boca;  
Hoy que he visto tu retrato,  
Doy, Natalia, de barato,  
Que te resista una roca!

*Calixto Velado.*

## VÍCTIMAS INOCENTES

Leyenda dedicada á los ilustres miembros de la Sociedad Científico-Literaria "La Juventud Salvadoreña", por su modesta autora,

*Vicenta Laparra de la Cerda.*

### I

Avecilla parlara:—así llamaban á Julia Ortíz, joven que apenas contaba diez y siete abriles y que era más linda que una virgen de Murillo y más poética que los

concurrancia, que en la fecha indicada acude al pueblecito, donde parece que se dan cita ricos y pobres; donde al lado de una lujosa carretela, rueda un vehículo desvencijado, y cerca de un grupo de jóvenes elegantes, arrástrase un infeliz mendigo pidiendo una limosna por amor de Dios, y recibiendo en su demacrado rostro el lodo que forman las lluvias y la tierra y que arrojan sobre él los cascos de fogosos corceles, donde cabalgan airosas amasonas y bizarros jinetes, haciendo caso omiso del pobre que se atreve á colocarse en el sendero de los que gozan.

¿Qué es un mendigo para ciertos seres sin corazón y sin conciencia? Un apestado, un abrojo, un gusano vil que se debía eliminar, para que no moleste con su repugnante presencia á los favoritos de la fortuna.

El paseo á que aludo, tiene algo que toca los nervios, algo que marea, como marean las olas de un mar embravecido y agitado por la tempestad.

Desde los primeros días de la feria, comienza el bullicio; pero en el catorce, el quince y el diez y séis, la baraúnda es indescriptible; porque en ella se juntan en íntimo consorcio, lo bello con lo ridículo, lo grande con lo pequeño, y lo dramático con lo extremadamente cómico.

Por las calles que se atraviesan para llegar á Jocotenango, bullen millares de gentes; van y vienen en confuso torbellino carruajes y carros de tranvía que descarrilan, gallardos mozos montados en caballos de grande alzada que ma-

notean con orgullo y tascan el freno arrojando espuma por las abiertas narices, prontos á emprender la carrera y atropellarlo todo con su violento empuje; y también acuden á la fiesta, campesinos de ambos sexos, con las cabezas cubiertas con enormes sombreros de palma y caballeros en mulas trotonas y flacos jamelgos, á los que fustigan de lo lindo, para lograr que no se queden plantados en medio del camino.

Se pasan los naranjalitos; se llega á la plaza, y allí está la más alegre animación. Allí están los vendedores de nueces, y manzanas y rosarios formados de panecillos envueltas en hojas de maíz teñidas con abigarrados colores; allí están *el alboroto y la pepita* y esas mil golosinas que indigestan á los niños y á los ancianos; y allí también están, *el chingolingo y el palo ensebado* y los volatines, y los cacos registrando los bolsillos de los transeúntes, y los beodos dando traspiés y los policías atronando los oídos con el silbato, y... ¡la mar,! como dicen en mi tierra. Allí, hay codazos y mojoncos y cuchilladas. Allí se confunden las sonoras armonías de la Banda marcial, con los ruidosos sonos de las marimbas y de los organillos ambulantes, y el silbar de los pitos de losa, y los ternos de taberna, y los gritos y las carcajadas de los chiquillos, y los toques de las bocinas de los conductores de ganado y potros cerreros, que también echan su párrafo relinchando con toda la fuerza de sus pulmones.

Llégase al fin á los salones del Hipódromo, y allí se agrupa lo

más granado de la sociedad elegante. Allí van á divertirse las bellas y las jamonas, y los pollos y las viejas verdes, y las mamás y ¡hasta las suegras!

Y Julia estaba allí, deslumbrante de belleza y llamando la atención de Osbaldo Cancino, que la dirigía miradas incendiarias, y que preguntaba á sus camaradas:

— ¿Quién es la chica que baila con Antonio Macini? Como estoy recién venido de París. . . .

— Sí, — interrumpió Carlos Sabaterrí, — como estás recién venido de la moderna Babilonia, ya no conoces ni á las personas más notables de tu patria.

— Esa no es una respuesta; — replicó Cancino, — yo pregunto quién es la joven que baila con Antonio, porque, ¡palabra de honor que me parece guapísima!

— ¿Más que tu Sircasiana? — dijo Carlos con ironía.

— ¡No me recuerdes á esa mujer! — exclamó Cancino — ¡maldita! Se la compré por seis mil duros á un conde, gasté en la pérfida un capital, la ví paseando en los Campos Elíseos un príncipe ruso, y, . . . paf! se largó con él dejándome cesante. Pero ¿quién es la chica que baila con Antonio? Quiero saberlo, porque me parece bella.

— Ya lo creo — dijo uno — como que es la reina de la hermosura.

— Es la incomparable, la espiritual, la preciosa Julia Ortíz.

— ¡Diablo! — respondió Cancino: — ¡con qué entusiasmo habláis de ella! ¿Estáis enamorados de Julia, chicos?

— ¡Quién no ama lo bello! — contestó Pepe.

— ¡Es imposible verla sin amarla! — afirmó Félix.

— Sí ¿eh? — dijo Osbaldo: — pues queridos, os advierto que voy á preparar mis baterías para haceros la competencia.

Osbaldo era (como dice el ilustre Pepe Batres) “un poco tonto, un poco majadero, por lo demás, bellísimo sujeto!” Porque eso sí; en lo hermoso, era nuestro hombre un Adonis; y hubiera sido simpático, si su eterna monomanía de censurar las costumbres de Centro-América, siendo su patria, y de encomiar la vida parisién, no le colocara bonitamente en el terreno de los tipos.

Por desgracia, Osbaldo halló quién le presentase á la madre de Julia, y la joven al verle, sintió que su corazón palpitaba conmovido por un sentimiento desconocido para ella, y pudiera yo decir, que los jóvenes se vieron y se amaron, y que sus almas fundiéronse en una sola mirada; pero tratándose de Osbaldo, mentiría si tal dijese, porque su corazón gastado y corrompido por las mujeres de vida alegre, que abundan en París, y á quienes había tratado íntimamente cuando residía en la gran ciudad, ya no podía latir á impulsos del amor purísimo del alma; sino agitarse al empuje violento de la pasión de los sentidos. Julia podía amar. Osbaldo sólo podía querer, y entre amar y querer hay la misma diferencia que entre el idealismo y el positivismo, ó sea entre el espíritu y la materia.

Quiso la fatalidad que Osbal-

do sintiese por Julia una pasión avasalladora, de esas que engañan al mismo que las siente, y comenzó la conquista, que debía arrojar en sus brazos á la mujer más bella que había encontrado en su camino. Por una mirada, por una caricia de aquella virgen, era capaz de arruinarse y de entregar su alma al diablo; pero como Julia no era de las jóvenes infelices que se venden por un puñado de oro, ni de las que, cegadas por el amor, olvidan sus deberes, el insigne calavera pensó en casarse. Pidió á Marta la mano de su hija; y como en apariencia el tal Osbaldo era un marido aceptable, lo que pidió le fue concedido.

Celebróse la boda, y los recién casados fueron á pasar los primeros días de la luna de miel, á una finca situada á seis leguas de distancia de esta hermosa capital.

### III

Ya en el campo, creyó la desposada que la habían trasportado al paraíso.

¡Qué idilio aquél! ¡qué arranques de pasión los del libertino! ¡Qué poética ternura, que amor tan puro el de la bella y casta esposa!

Nuestros jóvenes, cogidos cariñosamente del brazo, iban á la fuente, escribían juramentos de amor en los troncos, paseábanse por las calles de árboles frondosos, á cuya sombra se acogían para guarecerse de los ardientes rayos del sol; Osbaldo adornaba con flores silvestres los negros cabellos de su linda esposa, y ella,

creyéndose la más feliz de las mujeres, daba gracias á Dios por haberla unido al hombre que la hacía tan venturosa; pero la dicha que la joven juzgaba eterna no podía prolongarse por mucho tiempo, porque, lo repetimos, lo que Osbaldo había sentido por ella era pasión, y la férvida llama de ese efecto volcánico, es fugaz como el cárdeno fuego del relámpago, que deslumbra un instante, y al apagarse, hace más densa la funesta sombra de la tempestad.

A los quince días de arrullarse como dos tórtolas, dijo Osbaldo á su esposa:

—¿Sabes, querida, que me aburre lo que no es decible la vida campestre? ¿no te pasa á ti lo mismo?

—Yo,—contestó Julia—no puedo fastidiarme estando á tu lado.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—Pues hija, no estamos de acuerdo en nuestro modo de pensar y sentir. A mí me desespera la monotonía de una existencia siempre igual, y mañana mismo abandonaremos este maldito retiro, y nos iremos á ver si en la capital encontramos alguna distracción. ¡Uf! si en Centro-América no se vive, se vegeta. ¡París, París! ¿Cuándo volveré á gozar de los mil placeres que brindas á los que vivimos de nuestras rentas?

—¿No te distrae el trabajo?—dijo Julia tímidamente.

—¿El trabajo?—no disparates, querida; el trabajo se hizo para los plebeyos que no tienen un capital, y para los tontos que no

saben gastar su dinero proporcionándose placeres; pero nosotros tenemos en caja sesenta mil duros, y no haríamos bien en sacrificarlos. ¡Diablo! demasiado me hicieron sufrir los autores de mis días y el maldecido tutor que me dejaron al irse al otro mundo; pero, á Dios gracias, ya estoy libre para hacer de mi capa un sayo: hace un año que vivo de mis rentas sin escuchar sermones enojosos, y así me va perfectamente. Con los treinta mil pesos que tu llevaste al matrimonio, y otros tantos duros que yo conservaba, tenemos un capital que' redita seis-cientos mensuales: con que ya ves que podemos darnos la gran vida, sin trabajar.....

— ¿Pero quién maneja ese capital?

— Toma! el administrador. No lo había de manejar yo que tengo otras ocupaciones; ¡pues no faltaba más! Conque Julia, mañana dejaremos estos bosques, porque no es cosa de que nos fastidiemos mutuamente.

Julia exhaló un suspiro y bajó sus lindos ojos al suelo, para ocultar algunas lágrimas rebeldes, que abararon sus brillantes pupilas.

Ya en la capital, instalados nuestros jóvenes en su casa de habitación, donde el más exigente sibarita hubiera quedado satisfecho con el buen gusto y la elegancia que en aquella lujosa mansión se admiraba; allí, donde todo recreaba los sentidos, comenzó Julia á trepar el calvario de las esposas mártires, que ven cambiadas sus bellas ilusiones en frío desencanto.

La mujer que adorando á su esposo, siente en su corazón algo parecido al hielo de las tumbas, porque el hombre á quien entregó todo su sér, sólo tiene para ella insultante indiferencia; la que pasa las noches en vela y en abrumadora soledad y ve filtrar la tenue luz del alba por los intersticios de las puertas y las ventanas, y ve por fin llegar á su marido con el traje y el cabello en desorden y trayendo en su rostro trasnochado, las huellas de la crápula y el vicio; en fin, la que tenga que despreciar al hombre que ama, podrá formarse una idea de lo que Julia padecía.

Así pasó un año...

Marta, viendo llorar á su hija, la consolaba diciéndola:

— No hay que perder la esperanza, ángel mío: pronto serás madre, y tu esposo te pedirá perdón de lo que ahora te hace sufrir con sus ligerezas. ¡Oh! es preciso que el alma del hombre esté completamente depravada, para que, al imprimir el primer beso en la frente de su primogénito, no desear ser honrado.

La pobre Marta se hacía ilusiones. Su yerno estaba demasiado corrompido para cambiar de conducta.

#### IV

Hay caballeros que van á Europa, buscando las bellas luces de la ciencia, y regresan á engrandecer nuestra patria con la ilustración y cultura que adquieren allende los mares; pero Osbaldo había ido á París en busca de placeres, y los había hallado

en la orgía, entre las mujeres de demi-mond y en las mesas de juego, y al regresar á su país nativo, había traído, en vez de ciencias, vicios; en vez de ilustración, detestable ignorancia; en vez de cultura, ridícula pedantería; y en vez de caballerosidad, repugnante positivismo. Corrompida su alma, viciada su naturaleza, acostumbrado su organismo al uso frecuente de las bebidas espirituosas, sólo encontraba sus elementos de vida, en el íntimo trato de las cortesanas, en el champagne y en el tapete verde.

Para el hombre honrado, el nacimiento de su hijo es un fausto acontecimiento que hace época en su vida.

Para el libertino, que vive de la materia y para la materia, es un episodio insignificante.

Al caballero, le parece que el primer vagido de su hijo, es el reclamo más elocuente; se figura que en él, le pide el débil sér en quien se ve reproducido, todo su amor, toda su atención. Se imagina que le dice:— Ya no te pertenezco, porque yo te caracterizo, te hago padre, y en cambio tú, me debes dar un porvenir y un nombre sin mancha.

Para el calavera, el llanto del chiquitín es un chillido destemplado que desvela y fastidia.

La esposa, para el primero, es la augusta madre de su hijo. Para el segundo, es una flor marchita, que ha perdido todos sus encantos.

El hogar, para el hombre de bien, es un paraíso poetizado por los dulces y tranquilos goces de la familia, donde el acento argen-

tino de su esposa y la charla encantadora de los niños, remedan músicas del cielo.

Para el libertino, es una cárcel con rejas de seda que él rompe cuando quiere, sin que le importe un ardite lacerar el corazón de la infeliz mujer que lleva su nombre.

Por eso, cuando Julia dió á luz una niña, más bella que un querubín y más blanca que un botón de azucena, Osbaldo estaba ausente, y no volvió á su casa sino cuando su hija tenía quince días de habitar este pícaro mundo.

¿En qué se ocupó tantos días? En lo único que podía conmover su envilecido corazón. Habíase engolfado en la conquista de una entretenida artificiosa, de una aventurera parisién que por desgracia había caído de patitas en Guatemala, de una mujer de historia á cuyos pies botaba su fortuna; y como la damisela era anojadiza, exigióle que la llevase á conocer la Antigua; él condescendió, porque no podía negarle nada, y por eso volvió á su casa, cuando Julia pudo salir á su encuentro, llevando á su hija en brazos.

— ¡Hola! — exclamó Osbaldo al verlas: — ¿con qué ya tenemos gente menuda en casa, ¿eh?

— Sí, contestó su esposa — ya tenemos un ángel en nuestro hogar.

— Siempre tan romántica! ¡Diablo! ya no es tiempo de eso, querida.... Y ¿qué fue....? ¿varoncito?

— No.

— ¿Mujer? ¡Uf! qué fatalidad!

— Pero es tu hija.... ¿No la besas?

— Sí, ya la besaré cuando esté más crecida, porque los chiquillos me tocan los nervios y. . . . ¡vamos! ¡pueden hacer algo! . . . . ja, ja, ja, ja, . . . Y luego, que me inspiran miedo y asco por lo aguaditos. . . . Pero ¡diantre! ¡qué ojerosa, qué pálida y qué enflaquecida te veo! ¡Cáspita! á tí se te puede aplicar aquello de:

“¿Dónde están tus colores, muerta rosa?”

Julia sintió que le faltaba el aliento, y Marta, que era testigo presencial de aquella escena, al ver que su hija vacilaba, corrió en su auxilio exclamando: — ¡Jesús me valga!

— ¡Ah!—dijo Osbaldo — ¿estaba usted aquí, Señora? ¡me alegro! Y ¿qué tal, qué tal? está usted muy contenta con la nietecita? bueno.

Y como Julia, para no botar á su hija, la comprimiese contra su pecho, la pobre criatura comenzó á llorar, y Osbaldo haciendo un gesto y llevándose las manos á las orejas, exclamó:

— ¡Música celestial! ¡Demonio, y qué bien chilla la bebé! ¡vamos, y qué gestos tan feos hace! ¡Uf! ya tienes para desesperarte, Julia. Pero, con licencia de ustedes señoras, voy á quitarme el polvo del camino y á mudarme traje, porque me voy al teatro; esta noche estrenan una opereta y un baile de *primo cartel*. Con que ¡Abur!

Y el miserable se fue tarareando una aria de la Mascotte.

Aquella nueva decepción causó á Julia una grave enfermedad que la obligó á confiar á su pequeña Clotilde al cuidado de una

nodriza, y mientras la simpática enferma fluctuaba entre la vida y la muerte, devorada por una fiebre violenta, Osbaldo seguía en su vida licenciosa, derrochando en placeres infames el patrimonio de su familia.

## V

Al fin la juventud de Julia y la solicitud con que Marta la asistía triunfaron de la muerte, y la esposa infeliz recobró la salud para seguir sufriendo moralmente.

Un día en que Osbaldo, contra su costumbre, llegó á comer á su casa, entró al gabinete de su esposa; vio que la joven lloraba amargamente y la dijo:

— ¿Estás llorando, Julia? ¡Vamos! cualquiera al verte dirá que yo te hago sufrir, ¡palabra de honor que no comprendo la causa de tus lágrimas! ¿No tienes lujo? ¿qué te hace falta?

— Nada, — respondió la joven ahogada por los sollozos — nada, exceptuando lo que niegas á tu familia: tu amor.

— ¿Y qué motivo he dado yo para que dudes de un amor que me cegó hasta el punto de cargarme con la pesada cruz del matrimonio?

— ¡Ah Osbaldo! hace cuatro días que no vienes á casa, que tienes olvidadas á tu esposa y á tu hija, y ¿preguntas por qué dudo?

— ¿Y ahora sales con ese reclamo? ¡Qué ocurrencias tienen las mujeres! ¿se te antoja que yo viva como un anacoreta, cuando estoy acostumbrado á la vida parisien y cuando ya tenemos dos años de casados? ¡Qué idea tan

peregrina la tuya! Yo creo que se te ha debilitado el cerebro, y eso sería una fatalidad.

— Es que sufro cruelmente.

— Pues hija, diviértete; para eso te dejo enteramente libre. Si quieres vivir encerrada, bueno; si quieres pasear, mejor; si quieres ir al teatro con tu mamá, anda, para eso tienes palco de abono; pero no me exijas que yo me sacrifique acompañándote á todas partes, porque eso, á más de ser horriblemente cursi, no es para mi carácter. ¡Horror! ¡me levantaría la tapa de los sesos, antes de permitir que me hicieras esclavo de tus caprichos. Adiós.

Y Osbaldo se fue, dejando á su esposa bañada en lágrimas.

## VI

Estas escenas, pasaban en casa de Julia, en el mes de octubre, cuando una compañía italiana comenzaba á dar sus funciones en nuestro hermoso Coliseo; y Osbaldo, como otros jóvenes, empezó á tirar la hacienda por la ventana en obsequio del cuerpo de baile; y como no hay capital que pueda conservarse, cuando el hombre en vez de trabajar juega y derrocha el dinero en otras cosas que no son para escritas, la fortuna de Osbaldo tocaba á su fin; ya no le quedaba más que la casa donde vivían, y tuvo que hipotecarla para reunir algunos fondos que no tardó en botar; y un día en que Julia hablaba con Marta de sus continuos tormentos, entró al gabinete de su esposa diciendo:

— Señoras, les participo que

mañana nos mudaremos á una casa pequeña que tengo tomada, porque ya vendí ésta y la mayor parte de los muebles. ¡Qué diantre! nos llevaremos los que sean necesarios.

— ¿Lo vendiste todo? — preguntó Julia, trémula de congoja.

— Si, querida, ¿qué tiene eso de particular? He sufrido algunos reveses de la inconstante fortuna; mis negocios no pueden estar peor; necesito dinero para salir de apuros, y echo mano de lo que tengo. Conque Julia, ya lo sabes: mañana mudamos nuestro domicilio, y reduciremos nuestros gastos, porque estoy casi arruinado y es preciso rebajar el presupuesto.

Y el miserable salió del gabinete sin decir ni adiós.

— ¡Madre mía, madre mía! — exclamó Julia: — ¡ay! ¡la miseria es el porvenir de mi hija!

— El porvenir de Clotilde corre de mi cuenta — respondió Marta.

— ¿Y qué puedes hacer tú por ella, cuando á más de la herencia que me legó mi padre, me has dado todo y sólo tienes lo muy necesario para vivir modestamente?

— Escúchame, hija mía: mi armario tiene un secreter en la gaveta de la izquierda, que se abre tocando un resorte, que dista cuatro dedos de la cerradura. Allí encontrarás brillantes por valor de doce mil pesos. Son joyas que me regaló tu padre, que yo conservé primero como prendas de su amor, y que después destiné á Clotilde, cuando ví que tu esposo no pensaba en su hija. Yo me siento muy enferma; tal vez muy

pronto dejaré de existir, y en tal caso, tú serás la depositaria del patrimonio de mi nieta. Pero júrame no decir á tu marido ni una sola palabra sobre este asunto. ¡Ah! no quiero que la herencia de mi Clotilde corra la misma suerte que la tuya. Juras guardar el secreto que te confío?

— ¡Lo juro, madre de mi alma! ¡pero no hables de morir! ¡Ah! ¿qué haría yo sola en el mundo?

— Hija mía, nunca está sólo el que tiene á Dios.

— ¡Pero tú no te morirás antes que yo!

— Estoy muy enferma, ángel mío, y presiento que se acerca el fin de mi jornada. Pero me voy á mi casa, porque estoy un poco acalaturada.

— ¡Dios mío, Dios mío! — exclamó Julia, después que salió Marta — ¡ya no puedo ni respirar! ¡tened compasión de mí!

Al día siguiente, mudáronse á la casa que tenía preparada Osbaldo, y el primero de noviembre, moría Marta en brazos de Julia. La respetable y virtuosa Marta fue la primera víctima de los vicios de Osbaldo. Los martirios que el infame libertino hacía sufrir á Julia, causaron la muerte á su tierna madre.

Sin riesgo de equivocarme, afirmo que el hombre avezado al vicio es el feroz verdugo de la familia.

Osbaldo necesitaba dinero, y á la mayor brevedad vendió los objetos que su suegra dejara al morir, menos el armario del secreter, porque Julia se opuso enérgicamente á la venta de aquel mueble, que mandó colocar en su

alcoba y muy cerca de su cama.

— Aquí hay gato encerrado — pensó Cancino: — Julia, tan dócil, tan desinteresada y tan humilde, se me sube á las barbas y se opone á la venta de un mueble inútil. . . . ¡Diantre! ¿habrá algún tesoro escondido en el centro de este trasto? yo lo averiguaré. ¡Cáspita! no me vendrían mal algunos cientos de duros ahora que tengo entre manos la conquista de la graciosa Lila, por la que me hace la competencia ese maldito mejicano que es tan espléndido en todo. . . . Además, estoy insolvente y los acreedores me acribillan. Es preciso que yo registre ese armario, y lo haré muy pronto.

(Continuará).

---

## LAST TIME

---

ELLA, inquieta, á mi lado,  
Los dos en el balcón, por la vez última.

—“Mañana. . . sola!, dijo; y tú, entre tanto,  
Ay! tú—¿dónde estarás?”—Y en su amargura  
Veía con terror el horizonte  
Negro como la boca de una tumba!

Un viento frío, intensamente frío,  
Pasó silbando, y con sus alas húmedas  
Sobre la nivea faz de mi adorada  
Amontonó la cabellera oscura.

—“¡Oh, tengo miedo, tengo miedo!—dijo,  
Cerremos el balcón..!”—Y con angustia  
Me arrastró hasta el salón iluminado,  
Oprimiendo mis manos con ternura,  
Llena la faz de lágrimas,  
Llena la voz de súplicas.

.....  
Rendida al fin por el dolor supremo  
Cayó insensible en su diván de plumas.  
Hondo quebranto mi ánimo sentía. . . .

Cogí sus manos, y en su frente pura  
Junté á un beso una lágrima  
Y estremecido huí.....

Fuera, la lluvia  
Caía lenta. El horizonte estaba  
Negro como la boca de una tumba.

ISAÍAS GAMBOA.

## HOJARASCA.

POR RICARDO FERNANDEZ GUARDIA.

El título no corresponde al libro, porque este nada tiene de hojarasca y sí guarda mucho y muy bueno, hoy que tanto se produce; pero de lo que quizá poco se salvará del oleaje.

Para nosotros tiene un mérito mayor: es producción centro-americana y de aquella, reveladora de una verdad, si no negada, casi nunca confesada con claridad: que nuestros ingenios pueden elaborar trabajos, que aunque no lleven al pie un nombre francés ó alemán, rivalizan con muchos que nos ofrecen los periódicos, precedidos de elogios más ó menos justos.

“Hojarasca” es una preciosa colección de cuentos y muchos de ellos tienen argumento amplio y suficiente, para dar vida y novedad á una novela.

El narrador de “Hojarasca” como persista en sus estudios, será un novelista de los buenos.

Presenta el volumen dos aspectos: el de la factura francesa, que es tan seductor y que indica cómo Ricardo se ha posesionado de esa gracia y corte especial que hace que apreciemos y leamos con de-

leite los delicados relatos de los cuentistas galos; y el otro, que es más importante para nuestra literatura, el de nuestras costumbres, el que describe la hermosura de nuestra rica naturaleza, el que hace en fin, permitiéndonos la frase, nuestra psicología.

El primero no manifiesta más que un poder asimilador, fuerza admirable de que hacen lujo Rubén Darío y Gutiérrez Nájera, el otro es el que nos pertenece, es el poco seguido, por desgracia, y que hará ganar en merecimientos á quien se dedique á explotar esa riquísima mina.

El cuento francés ya es un género literario, por cierto muy en boga. Parece que es hijo de la época, la economía del tiempo y la necesidad de emociones le han dado vida. Un relato en que la delicadeza, la novedad del asunto y las rosas del estilo, forman un todo armónico, tiene por fuerza que agradar mucho y que vivir más. Por ese camino van en son de triunfo los cuentos de Fernández Guardia.

Como es de costumbre señalar algunas bellezas, rendimos parias y confesamos que todas nuestras simpatías son para *El Derviche y Tapaligui*. No diremos que son buenos, porque todos reúnen esa cualidad, pero sí creemos que son los que sostienen más la atención y los que cautivan más por los primores del estilo. No tienen el defecto en que incurren muchos autores de hacinar palabras, sin objeto pertinente.

La literatura castellana presenta trabajos del género ya indicado y los periódicos de la península

ofrecen á diario, bellísimos cuentos de la admirable y admirada Emilia Pardo Bazán, y de novelistas tan distinguidos como Benito Pérez Galdós y Jacinto Octavio Picón.

Estamos en la época del florecimiento de las narraciones breves, y si Francia presenta á Daudet, Arené, School y Coppée, los demás pueblos tienen muy buenos cultivadores. Rusia se enorgullece de Tourgueneff y del conde Tolstoi.

Los hechos grandiosos de nuestra historia aun no se han contado, sobra campo que cultivar. Aquí cabe decir, la mies es grande y los trabajadores pocos. A éstos, á los de buena ley pertenece un distinguido peruano: Ricardo Palma; y sus merecidos triunfos son irrecusable testimonio de que se aprecia la labor fecunda en méritos.

Fernández Guardia puede hacer mucho, su libro lo revela, se lee con interés y página tras página, cuando se llega al fin, desea el lector empezar la tarea. Mas de una hermosa dama habrá sonreído con la lectura de algunos de esos cuentos, y es asunto fuera de discusión, que sonrisa femenina significa admiración completa.

Ojalá que el próximo libro del autor de "Hojarasca" sea una preciosa novela, y por hoy le enviamos nuestro aplauso más sincero, manifestación de que lo admiramos como lo merece.

VÍCTOR M. JEREZ.

San Salvador.

## NOTAS.

### I

Oh! qué idilios se recitan  
las aves enamoradas,  
escondidas en los toldos  
de las florecidas ramas!

\* \* \*

Qué madrigales se dicen  
las flores entusiasmadas,  
al besarse en los jardines  
al impulso de las auras!

\* \* \*

Qué secretos, qué suspiros  
de niñas apasionadas,  
llevan las nocturnas brisas  
en sus invisibles alas!

\* \* \*

Qué elegías, que sollozos  
por tristezas ignoradas,  
los de la ola gemebunda  
que desfallece en la playa!

\* \* \*

Y qué tétricos acordes  
duermen ¡oh Dios! en el arpa  
del poeta que delira  
con beldades que no le aman!

### II

Por distraer mi espíritu abatido  
en mis horas de amarga decepción,  
tomo la lira de las cuerdas tristes,  
y hago versos dulcísimos de amor....

Versos que al mundo  
yo nunca doy,  
porque el mundo, que es necio, se ríe,  
se ríe de todo profundo dolor!....

.....  
¡Dejadme mis versos,  
mis versos de amor!

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO.

## MAVORTIA.

Sonó la hora fatal en la campana misteriosa del destino.

El clamor es lúgubre.

Mi cuerpo sufre estremecimientos como de paroxismo. La desesperación me enfada.

Ese vendaval terrible que desata sobre mí sus iras quiere confundirme y sepultarme en el tremendo caos. Yo resisto á sus fieros embates con el furor de una tempestad moral.

Miseria! Miseria humana!

¿Por qué hay seres malos? ¿Cómo viven los corazones envenenados por el germen abominable del vicio? ¿Cómo es posible concebir hombres sin conciencia? ¿O es que la conciencia es á veces justa y á veces criminal? ¿O la conciencia no es una en los hombres?

No quiero razonar inútilmente sobre un problema tan oscuro.

Yo quiero maldecir á los malvados, á esos bichos que corrompen los espíritus sanos; á esas sabandijas que matan la tranquilidad del alma y la aniquilan con la asquerosa saliva que despiden; á esas aves de cuello negro y entrañas fétidas que devoran con su pico alevoso los corazones que encuentran á su paso.

Yo quiero maldecir, si, quiero maldecir de tal modo que la maldición se convierta en torrente impetuoso de rayos que destruyan todo lo malo, todo lo que es ponzoña viva en la faz de la tierra.

¡Oh musa mía! Préstame ahora toda la inspiración que anhelo; dame los estruendos soberbios de las tempestades, el furor de las olas del mar, el trueno de las cataratas, la rabia tremenda de los volcanes, los chispazos del relámpago, los sacudimientos del infinito,

para vencer y anonadar en un instante con esa cólera suprema, todo-poderosa, las pasiones viles que se anidan en el corazón humano.

No me abandones ahora.

Comunícame fuerza, vigor, poder, fuego infinitos, y que mi ira, la ira de la justicia, la ira del derecho, la ira de la conciencia, la ira de Dios, se desborde de mí como un diluvio de cascadas caídas de lo alto de los cielos, que ahoguen sin medida y no dejen ni uno, ni un solo monstruo de forma humana.

El mal necesita de esos enormes desbordamientos para salvar á la justicia del crimen que la ahoga con violencia.

Yo seré verdugo del mal ¿por qué no? Un corazón que late en la juventud á la influencia de las sagradas emociones de la vida, una alma templada al calor de modelos de bondad y de virtudes sociales excelsas, ¿por qué no ser soldado de la justicia, del derecho, del porvenir?

Soy soldado. Mi cuchilla herirá en cuanto alcance á la infamia, á la cobardía, á la traición! Ella tiene un solo filo: para el mal!

Mi bandera es blanca.

Emblema sagrado es lo blanco. Una conciencia limpia, pura, es una conciencia blanca.

La virtud, todo lo que es destello inmortal de ese Espíritu Soberano que llamamos Dios, todo es blanco.

Jurar que se luchará y que se morirá en la lucha al pie de una bandera blanca, sólo es juramento de un soldado.

Soldados requiere el porvenir.  
Soldados, muchos; pero héroes,  
sublimes, como aquellos de Pompeyo que esperan la hora terrible y suprema de pie, con el ánimo sereno y la frente altiva, cumpliendo su consigna de honor con temeraria abnegación.

¿Y éstos dónde están? ¿Dónde? Que responda la juventud. Esa juventud que en sus aleteos de águila gigante se alza hasta los cielos poseída de extraordinario arrobamiento.

Que responda ella. Sólo ella sabe dónde están los valientes é inflexibles soldados de la justicia y del derecho; esos que pide el porvenir.

¿Y el crimen y la infamia y la traición? ¡Ah! El crimen, la infamia, la traición, esos engendros siniestros de la noche, huyen con pavor. Tienen miedo de los resplandores inmaculados del sol purificador de la libertad!

Huyen de la conciencia; huyen de la luz!

¡Malditos sean!

ALONSO REYES G.

Julio de 94.

## ELEGÍA

Y llegaste á la tumba!  
A la puerta sombría del abismo!  
Do el polvo miserable  
Se mezcla con el limo,  
Do el alma se conturba  
Y el pecho siente frío,  
Do el ángel pensativo del misterio  
Señala con su dedo el infinito.

Allí, . . . allí, do todo  
Fenece: la zozobra del mendigo,  
El renombre y la gloria,  
La amistad y el cariño.  
Donde la fe renace,  
Y de su luz al sacrosanto brillo  
Escepticismo espira  
Inerme, vacilante, confundido . . .!

Fatigada viajera, ya buscabas  
El refrescante asilo  
Que da vigor á los cansados miembros,  
Y á las penas alivio.  
Y llegaste á un lugar donde una puerta  
Cerraba el infinito;  
Y con tu mano trémula tocaste.  
Se abrió. . . y entonces retemblo el abismo!  
Quisiste penetrar y vacilabas:  
Un recuerdo tristísimo  
Te traspasaba el corazón; llorando,  
En el mundo dejabas á tus hijos!  
“Ah! cuánto sufrimiento,  
¡Cuánto dolor. . . ¡Dios mío!”  
Dijiste, mientras el genio de las tumbas:  
Impasible y sombrío,  
La misteriosa puerta  
Cerraba pensativo . . .!

Y partiste . . . y volaste hacia otros mundos;  
Y dejaste el hogar triste y sombrío,  
Gimiendo solitarios  
Gimiendo de dolor tus tiernos hijos.  
Qué no oyes sus plegarias,  
Sus locos arrebatos, sus delirios?  
Suspirando te dicen: “Tierna madre!  
Tórtola amante abandonaste el nido  
Por qué nos has dejado  
Herida el alma, el corazón marchito,  
Sufriendo la nostalgia  
Profunda de tu férvido cariño?  
Oh cándida paloma,  
Oh luz del corazón por qué te has ido?  
Por qué el hogar que perfumó los sueños  
Inocentes y puros de tus hijos,

Ha de abrigar ahora  
 La sombra y la tristeza y el vacío?  
 Oh, vuélvete á nosotros  
 "Tórtola, vuelve á calentar tu nido!"

Y ¿no oyes sus lamentos,  
 Ni escuchas sus gemidos?  
 Nunca hablaste el idioma de los ángeles  
 El idioma de amor de los suspiros?  
 ¿Nunca oíste la frase de una lágrima?

Oh, sí! Te has conmovido. . . ;  
 Pero el barro no habla  
 Y tú . . . ya eres espíritu.

Cantabas el idioma de los cielos;  
 Eras ángel, viniste del Empíreo,  
 Cruzaste por el mundo  
 Y te fuiste después al infinito.

Ahí están tus despojos  
 En el antro sombrío . . .  
 ¿Despojos miserables y livianos!  
 Cuán presto han descendido  
 Para servir de pasto  
 A ese gusano indigno . . . !

Bella flor de perfumes celestiales,  
 Oh refulgente lirio!  
 Oh ráfaga de amor de los espacios,  
 Que vives en el mundo del espíritu!  
 Tu mansión no es el polvo,  
 Tu mansión está allá en el paraíso.

Y eres feliz. . . ! Y en tanto  
 El dolor hiere el alma de tus hijos . . .  
 No los ves? ¿pobres parias,  
 Demacrados, marchitos,  
 Van mojando la tierra con sus lágrimas,  
 Trémulos, solitarios, abatidos!  
 Oh! Vuelve, tierna madre,  
 Tus ojos hacia el mundo de los vivos

Y mira cómo vagan  
 Solitarios buscándote tus hijos!!

JEREMÍAS MARTÍNEZ.

Noviembre de 1893.

## EL TALLER.

Vamos á dar principio á la confección de estas líneas con temor, porque tal vez no nos irá á ser posible seguir á estos muchachos Frank y Gib, aquellos mismos fundidores de hierro que ya conocimos de aprendices en la Union Iron Works, en virtud de que se han propuesto llevar á cabo tantas empresas que *de repente* la pegan de *notables*.

Se ha dicho muchas veces que la suerte de un país está en manos de la juventud, aludiendo sin duda, á esa juventud activa, estudiosa, que visita aulas, autoriza libros y redacta periódicos: ¿Por ventura será esto suficiente? ¿Quedaré excluída esa pobre juventud que no parece pensar entre las suciedades de las fábricas? Imposible. En las aulas se enseña á pensar y en los talleres se aprende á combinar: en las aulas da principio la revolución que conmueve el pensamiento disponiéndolo á aceptar los resortes de la vida bajo el prisma de los principios que parecen siempre naturales é inherentes á las propias facultades que aparenta envolver en su naturaleza la materia; y en los talleres se opera la contra revolución, que, desconociendo la filosofía de esos principios ó causas, se encarga de buscar los

efectos. Justamente, se plantan bases de investigación que promueven nuevos adelantos.

La juventud de mandil es la juventud de efecto: es la que representa el progreso material de un país, aquél que todos ven y todos aprecian. Sin el auxilio de esa juventud las concepciones del genio flotarían en el vacío. Todo esto quiere decir, que para un Papin no debía faltar un Fulton y un Watt; para un Galvani un Volta y para éste un Morse y un Franklin; así como para todos, Edison, quien ha cautivado en una sola vibración la potencia inventiva de todos los siglos.

En las aulas sentimos el alma de la ciencia, y en los talleres labramos la materia que la hará más accesible á la atención de la inteligencia.

*Union Iron Works*, es una gran fundición de hierro situada en las afueras de la población, hacia el lado Sur, á cuyo sitio se le llama Potrero. En ella habían sentado plaza de aprendices nuestros dos muchachos.

Después de las fatigas del trabajo diario, volvían los dos amigos á su hotelito de á cuatro pesos cincuenta centavos por semana, llamado *Nevada House*, en donde trababan conversación sobre su estado actual y sobre su porvenir, dada su juventud y talento en el arte. Disputaban sin modestia ni hipocresía los grandes *fellows* (compañeros.)

Convenciéronse de que el gran obstáculo para la adquisición de conocimientos sobre los adelantos

industriales del país, lo encontraban en la no posesión del idioma inglés. Gib veía con pesar esto porque él era inglés. (\*) Comprendieron que había mucha diferencia de los cuentos que constantemente les traían de Nueva York y Filadelfia los compañeros de oficio sobre las novedades que ofrecen aquellos mundos incomparables en adelantos industriales, á la realidad que podían descubrir en un libro escrito para guía de aquellas mismas artes que han hallado su más espléndido desarrollo en esos grandes centros. Era necesario estudiar empezando por el inglés.

En uno de los primeros días de junio de 1890 se inscribían en los registros de la Lincoln Evening School dos jóvenes, un inglés y un centro-americano, para empezar á cursar Instrucción Primaria. Se les hizo saber la hora á que debían concurrir: se les designó el salón y el puesto que debían ocupar y se les dio lista de los útiles indispensables para su enseñanza. Ellos averiguaron por su cuenta el nombre de la Profesora, que era Mss Sprot, *chelle* muy simpática.

Aquellos dos compañeros diferentes en raza se habían identificado en ideas, sintiéndose felices con alcanzar la satisfacción de sus deseos. Eran artesanos, pero más que todo eran estudiantes.

Un taller de mecánica es un

(\*) Gib era inglés, pero no sabía leer ni escribir su idioma.

enorme cerebro en acción: los que nunca han visto esos laboratorios creados por la inventiva humana, puede decirse que apenas calculan lo que vale el hombre por su lado real.

No produce la misma impresión ni surgen las mismas ideas ante la descripción que encierra un fotograbado, que ante la contemplación del original. La pluma no puede describir la combinación de ruidos que allí se desarrollan; así como un fotograbado no puede representar las diferentes actitudes del movimiento que allí se opera. Ruidos y movimiento es lo que puede llamarse vida de un taller, y éstos si no afectan nuestros sentidos, el alma recibe una impresión fría que apenas la conmueve. No por esto debemos negar que haya genios de la descripción á la pluma, como haya genios para la comprensión á la lectura; pero en todo concepto, los dos que después reproducen sus impresiones sin duda han sido atentos espectadores. No nos formaremos idea cabal de la adquisición del movimiento con que un globo atraviesa el espacio; una nave surca los mares, y una locomotora recorre los campos, si del globo, la nave y la locomotora, no tenemos más que su descripción. Aumenta el conocimiento ante la vista de un grabado de tales objetos en su posición inicial y se completará ante la inspección del propio objeto y ante su estudio. El taller es la vida de las profesiones y la escala de la sabiduría.

Los constantes toques que da

el estudio á la inteligencia promueven un desarrollo gradual por la adquisición de nuevas ideas; ideas que puestas en práctica corresponden á lo que se llama adelante, ya sea general ó individual; así fue que nuestros *fellows*, consagrados á sus estudios, aparentaron un tiempo estar satisfechos; pero después sintieron de nuevo otro vacío que era necesario tratar de llenar. Solamente el estudio del inglés, solamente la práctica de confección de moldes no era suficiente para quienes podrían consultar después distintos procedimientos en los Manuales de Fundición expuestos en los escaparates de Edward Denny & C<sup>a</sup>. Hacía falta otro ramo de estudio.

La contemplación de una pieza de máquina sugiere la idea de su acción y representación, para llegar á realizarse, tal como aparece á nuestra vista armada para funcionar.

Es corriente en los talleres de mecánica tropézar con dibujos en *blue print paper* (papel azul de estampar); estos muestran las diferentes piezas de que una máquina en construcción debe componerse.

Las leyes á que estas piezas obedecen: el modo como se traen al papel y la manera como deben leerse para darles cuerpo en la imaginación, no está al alcance de todas las inteligencias que las contemplan; pero nunca falta quien deseoso de adquirir el conocimiento formal de lo que pueda llamarse una máquina en papel azul, busca más allá del taller

la fuente de donde emana aquella corriente de ideas traducidas en rectas y curvas trazadas en blanco sobre un fondo de azul. Seguramente algo más grande, más elevado existe fuera del taller: algo en donde no se oye el golpe del martillo; no se siente el calor del fuego; ni se ensucian las manos con aceite.

Frank, uno de nuestros héroes, por recomendación de uno de los grandes jefes, se le vió un día entrar al edificio llamado Mechanic Institute, ya estaba inscrito con anticipación y satisfechos los derechos; y Gib entraría después, con fondos propios.

El que posea elementos de inglés, práctica de fundición y principios de mecánica—en los Estados Unidos del Norte, puede decirse que tiene un *porvenir*.

FRANCISCO ESPINAL.

San Francisco Cal. 1890.

### INHUMANIDAD.

Horrible noche! El huracán bramaba  
Cual furiosa pantera,  
Y el cielo se poblaba  
De oscuros nubarrones  
Que el espacio cruzaban por doquiera,  
Cual si á invadir bajaran  
La tierra por distintas direcciones.  
Caían de los árboles  
Y causaban ruido aterrador,  
Los frutos y las ramas,  
Al empuje del viento destructor.  
Los nidos y los pájaros  
Unos tras otros sin cesar caían,  
Y luego se estrellaban  
En las peñas que juntas se movían,  
Las aves que volaban  
Cuando ansiosas buscaban

El refugio que ya no encontrarían.

Y en el horrible bosque  
Las serpientes silvaban,  
Y todas confundidas  
Las fieras sordamente rebramaban.

Después de hacer destrozos inauditos  
Se apaciguan los vientos,  
Y al punto se oyen unos roncros gritos  
Que cesan por momentos.

Cae la lluvia y por la selva oscura  
Aparece, pisando las corrientes,  
Una mujer que de sufrir delira  
Y que llora y suspira  
Haciendo gestos de dolor, frecuentes.

De pronto se detiene  
Y dice á un niño que en sus brazos lleva:  
“¡Hijo mío, hijo mío!  
La desgracia te prueba  
Haciéndote llorar de hambre y de frío!  
¿Por qué la suerte ingrata  
De niño te persigue?  
¿Por qué no habrá en el mundo quien mitigue  
El hambre que te mata?

¡Oh Dios mío, clemente, poderoso!  
¡Apiádate de mi hijo!  
Tú que eres bondadoso  
Y que hasta velas por la pobre hormiga,  
Borra el cuadro horroroso  
Que la suerte enemiga  
Ha trazado en mi pecho doloroso!  
¡Piedad! ¡piedad! mis pies están deshechos  
Y acaso ya no pueda caminar;  
Se ha agotado en mis pechos  
El líquido precioso  
Que hoy á mi hijo debiera sustentar!”....

Dijo, y al punto brotan de sus ojos  
Mil lágrimas ardientes,  
Que luego presurosas se confunden  
Con las grandes corrientes  
Que en los barrancos se hunden.

Pronto cesa la lluvia,  
El cielo por doquier se va aclarando,  
Y la madre infelice  
Con mil esfuerzos sigue caminando.

Después de algunas horas  
Se encuentra en la ciudad,  
Y grita con acento de amargura:  
¡Caridad! ¡Caridad!.....

Nadie la escucha. Sus palabras vuelan  
Cual listas mariposas,

Mientras sus manos y sus pies se hielan.  
Mil muccas angustiosas  
Hace la pobre en su agonía suma;  
Quiere gritar, mas el dolor la abruma;  
Y en su horrible martirio,  
Apenas articula  
Palabras que le dicta su delirio!

Breve tiempo reposa,  
Luego la pobre sigue caminando,  
Y á su hijo querido  
Que parece dormido,  
Con efusión lo besa, sollozando!

Al cabo se detiene  
De un palacio á las puertas,  
Y exclama con acento moribundo:  
¡Venid, almas piadosas,  
Salvad al sér más infeliz del mundo!

Pasan breves momentos  
Y un lujoso portón se abre en seguida.  
“¿Qué mujer atrevida  
Viene á turbar con fúnebres lamentos  
El dulce sueño que me da la vida?”

Esto fue lo que un viejo  
Entreabriendo las puertas preguntó.  
La mujer infeliz hizo un esfuerzo  
Y con ansia exclamó:  
“¡Por Dios, por vuestros padres os suplico  
Que tengáis compasión  
De esta pobre mujer que va perdiendo  
La vida y la razón!  
¡Dadme un lecho y un pan! Dadle á mi hijo  
Que de hambre está muriendo!  
¡Vedle á mis pies, la vista se le apaga  
Y su rostro ya está palideciendo!  
¡Salvad, por Dios, á mi hijo idolatrado,  
Mi súplica escuchad,  
Quiero verle sonriente y animado,  
¡Caridad! ¡Caridad!.....

—“¡Retírate, mujer! — el viejo exclama  
Con voz despreciativa,  
—Ya la parca te llama  
Y más vale que mueras!.....  
¡Aparta, pues mi cólera se inflama!.....  
¡Mujer! ¿qué es lo que esperas?”

Con furia sin igual cierra las puertas  
Cuando acaba de hablar.....  
La pobre madre cae sin sentido  
Sobre el niño querido  
Que con ella muy pronto va á espirar!....  
¡Hijo de mi alma!... hijo de mi vida!...

La infeliz madre exclama,  
¡Vuela, prenda querida,  
Con mi alma afligida,  
Para gozar de donde Dios nos llama!

-----  
Y aquella pobre madre y aquel niño  
De hambre y frío murieron,  
Y al panteón seis reos asesinos  
Sus restos condujeron,  
Cuando mil esplendores matutinos  
En el límpido oriente aparecieron.

JOSÉ MARÍA GOMAR.

San Salvador, enero 28 de 1891.

## EL ESPEJO.

Llega al Norte, á bordo del *Niemen*, una linda criolla de quince abriles, blanca y rosada cual la flor del almendro. Viene del país de los colibríes; el soplo del amor la trae. . . . Sus compatriotas los insulares decíanla: “No te marches, reina frío en el continente. El invierno te matará.” Pero la hermosa criolla no creía en el invierno y no conocía más frío que el de los sorbetes: además ella amaba; no temía á la muerte. . . . Y héla ahora aquí desembarcando entre las nieblas del *Niemen*, con sus abanicos, su hamacas, sus mosquiteros y una jaula de dorada alambarrera llena de pajarillos de su país.

Cuando el viejo papá Norte vio llegar aquella flor de las islas que le mandaba el Sur, su corazón sintióse conmovido, porque pensó que el frío engulliría de una sola vez la joven y sus colibríes; pronto encendió su grande sol amarillento, vistiéndose de verano para recibirla. La criolla engañóse á sí misma; creyó que aquel calor del Norte, brutal y pesado, era un ca-

lor duradero, aquella eterna verdura negruzca, verdura primaveral, y colgando su hamaca en el fondo del parque, entre dos abetos, se abanicó columpiándose.

“Pero hace muchísimo calor en el Norte” dijo risueña, aunque un tanto inquieta. Una cosa la preocupa todavía: ¿por qué no tendrán *barandas* las casas en aquel extraño país? ¿Para qué muros tan gruesos, alfombras, pesados cortinajes? ¿Para qué sirven, aquella enorme estufa de porcelana, aquellos montones de leña acumulados en los patios, y aquellas pieles de zorra azul, aquellas dobles frazadas de los armarios? Pobre jovencilla, muy luego lo sabrás!

Una mañana, al despertarse, la pequeña criolla sintió escalofríos por todo su cuerpo; desapareció el sol del cielo sombrío y abajo desprendióse á copos un polvillo blanco y silencioso como el que cae á la sombra del algodónero. . . ¡Hé ahí el invierno ¡el invierno! Arrecia el viento, zumban las estufas. En su grande jaula de alambres dorados, ya no gorjean los colibrís; sus alitas rosadas color de turquesa, rubí y esmeralda, permanecen inmóviles y da lástima verlos acercarse unos á otros con sus finísimos piquillos y sus ojos del tamaño de una cabeza de alfiler; allá, en el fondo del parque, la hamaca tiembla de frío, cubierta de escarcha, y las ramas de los pinos semejan cristal hilado. . . La linda criolla tiene frío, ya no quiere salir mas.

Hecha un ovillo junto al fuego lo mismo que cualquiera de sus pajarillos, pasa el tiempo miran-

do las llamas y creándose un sol con los recuerdos. En la ancha chimenea luminosa y ardiente, vuelve á ver todo su país; las extensas playas que acaricia el sol, con su negruzco azúcar de caña que corre gota á gota; los granos de maíz revueltos en dorada arena, luego las siestas de la tarde, las claras cortinillas, las esteras de paja, las luciérnagas y millones de mariposas nocturnas que susurran entre las flores y entre las mallas de tul de los mosquiteros.

Y mientras permanece así fantástica delante de las llamas, síguense los días invernales siempre más cortos, siempre más tétricos. Cada mañana se encuentra un colibrí muerto en la jaula; muy pronto sólo quedaron dos, dos copos de plumas verdes que se rozan uno contra el otro en un rincón de su albergue.

Aquella mañana la criollita no pudo levantarse. Presa cual navecila entre los hielos del Norte, el frío la oprime, la paraliza.

La niebla deposita en los vidrios una fina cortina de seda sucia. La ciudad aparece muerta y en las calles silenciosas, óyese el lastimero silbido del limpia-nieves á vapor. . . Para distraerse, la criolla, en su cama, hace brillar las varillas de su abanico y pasa el tiempo mirándose en los espejos de su país, envueltos con grandes plumas indias.

Los días del invierno acósanse siempre más cortos, siempre más tristes. Entre sus cortinas de encajes la joven criolla languidece, se desespera. Lo que sobre todo la entristece, es que desde su cama no puede ver el fuego.

Páreceme que por segunda vez ha vuelto á perder su patria.... De cuando en cuando pregunta: "Hay lumbre en el cuarto?—Pero sí, señorita, la hay; la chimenea arde en llamas. Oís el chisporroteo de la leña y las piñas que estallan?—¡Oh! ¡á ver, á ver! Pero por más que se incline nada ve, la llama se encuentra demasiado lejos; esto la desespera.

Una noche mientras estaba allá, pensativa y pálida, descansando su cabeza en los bordados de la almohada, con los ojos siempre vueltos hacia aquellas hermosas llamas invisibles, se le acerca su amigo, toma uno de los espejos que tiene sobre la cama: "¿Quieres ver el fuego, amada mía? ¡Pues bien! aguarda!" Y arrodillándose delante de la chimenea, trata de enviarla con el espejo un reflejo de mágica lumbre: "Puedes verlo? ¡No! nada veo. Y ahora... No, todavía no... Luego, de súbito, recibe en plena faz una ráfaga de luz que la envuelve: "¡Oh! ¡la veo!" dijo la criolla, estremeciéndose de alegría, y murió riendo con dos llamas en las niñas de los ojos.

ALFONSO DAUDET.

## LEJOS.

Ya la noche descende. El ave busca  
Albergue tibio en las enhiestas palmas.  
El día es sombra que la mente ofusca,  
Y la noche la aurora de las almas.

¡Cuán bella, oh noche, estás!....

Desgarra el velo  
Que á mis ojos te encubre, ángel proscrito!  
De dos almas la unión festeja el cielo;  
Nuestras nupcias celebra el infinito.

Vén á mi lado, vén! La luna asoma  
Y nos bendice Dios. Sigue mis huellas.  
Las flores todas nos darán su aroma  
Y sus fulgores todas las estrellas.

"Recordar es vivir". Oh Pensamiento,  
Rompe tus ligaduras, bate el ala!  
Despiértate á la voz del sentimiento;  
Sea la escala de Jacob tu escala.

Recordar es vivir. Como solías  
Habla á mi alma, sin tu amor desierta.  
Haz que revivan los pasados días,  
Haz que reviva la esperanza muerta!

Solo!.....Lejos de tí!.....Martirio horrible!  
Hoy al perder tu amor todo lo pierdo.  
Quién hiciera posible lo imposible,  
Y quién eterno hiciera mi recuerdo!

Ya estás aquí! mi corazón te siente;  
Ya oigo el ruido que forman tus pisadas.....  
Parece envuelta tu marmórea frente  
En la luz de las tibias alboradas.

De la vida en la senda borrascosa  
Tu planta siempre seguirá mi huella.  
Somos perfumes de una misma rosa,  
Somos fulgores de una misma estrella.

No huyas, visión! En tu sonrisa veo  
Tu ardiente amor....la súplica....el reproche.  
En tus pupilas, que encendió el deseo,  
Parpadea la luz, duerme la noche.

No huyas, visión! En dulces embelesos,  
Unido á tí por invisibles lazos,  
Quiero en mi boca el fuego de tus besos  
Y en mi pecho el calor de tus abrazos.

Canta!....el dolor al corazón avanza  
Y quiero oír tus notas virginales,  
Tristes, como el amor sin esperanza,  
Bellas, como las noches tropicales.

Canta!.... Tu voz á mis oídos llega  
Remedando en cadencia arrulladora  
Las vibraciones de la lira griega,  
Y el dulce ritmo de la guzla mora.

Tú eres fuerza, laúd y Poesía,  
Inspiración de mi cerebro enfermo;  
Mi débil fe sostienes en el día,  
Y me hablas de esperanza cuando duermo.

Tú siempre para mí serás consuelo  
Y de mi frente apartarás las sombras.  
Haces brotar estrellas en mi cielo  
Como de flores mi camino alfombras.

Huíste ya, del corazón mentira!  
De tu paso ante mí no quedan rastros,  
Huyes, en tanto que la tarde espira,  
Mientras la noche se corona de astros.

En la selva plegó la flor su broche;  
La luna irradia en la extensión vacía.  
Es hora de soñar!.... Cayó la noche,  
Aurora de tu alma y de la mía!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

---

## NOTAS.

---

### AUTOBIOGRAFIA.

Nací en Cuba. El sendero de la vida  
Firme atravieso, con ligero paso,  
Sin que encorve mi espalda vigorosa  
La carga abrumadora de los años.

Al pasar por las verdes alamedas,  
Cogidos tiernamente de la mano,  
Mientras cortaba las fragantes flores  
O bebía la lumbre de los astros,  
Ví la Muerte, cual pérfido bandido,  
Abalanzarse rauda ante mi paso  
Y herir á mis amantes compañeros,  
Dejándome en el mundo solitario.

¡Cuán difícil me fue marchar sin guía!  
¡Cuántos escollos ante mí se alzaron!  
¡Cuán ásperas hallé todas las cuestas!  
Y ¡cuán lóbregos todos los espacios!  
¡Cuántas veces la estrella matutina  
Alumbró, con fulgores argentados,  
La huella ensangrentada que mi planta  
Iba dejando en los desiertos campos,  
Recorridos en noches tormentosas,  
Entre el fragor horrorísono del rayo,

Bajo las gotas frías de la lluvia  
Y á la luz funeral de los relámpagos!

—  
Mi juventud, herida ya de muerte,  
Empieza á agonizar entre mis brazos,  
Sin que la puedan reanimar mis besos,  
Sin que la puedan consolar mis cantos;  
Y al ver, en su semblante cadavérico,  
De sus pupilas el fulgor opaco  
—Igual al de un espejo desbrunido,—  
Siento que el corazón sube á mis labios,  
Cual si en mi pecho la rodilla hincara  
Joven Titán de miembros acerados.

—  
Para olvidar entonces las tristezas  
Que, como nubes de voraces pájaros  
Al fruto de oro entre las verdes ramas,  
Dejan mi corazón despedazado,  
Refúgiome del arte en los misterios  
O de la hermosa Aspasia entre los brazos.

—  
Guardo siempre en el fondo de mi alma,  
Cual hostia blanca en cáliz cincelado,  
La purísima fe de mis mayores:  
Que por ella, en los tiempos legendarios,  
Subieron á la pira del martirio,  
Con su firmeza heroica de cristianos,  
La esperanza del cielo en la mirada  
Y el perdón generoso entre los labios.

—  
Mi espíritu, voluble y enfermizo,  
Lleno de la nostalgia del pasado,  
Ora ansía el rumor de las batallas,  
Ora la paz del silencioso claustro,  
Hasta que pueda despojarse un día  
→Como un mendigo del postrer andrajo—  
Del pesar que dejaran en su seno  
Los difuntos ensueños abortados.

—  
Indiferente á todo lo visible,  
Ni el mar me atrae, ni ante el bien me extasio,  
Como si dentro de mí sér llevara  
El cadáver de un Dios ¡de mi entusiasmo!

—  
Libre de abrumadoras ambiciones,  
Soporto de la vida el rudo fardo,  
Porque me alienta el formidable orgullo  
De vivir, ni envidioso ni envidiado,  
Persiguiendo fantásticas visiones,  
Mientras se arrastran otros por el fango  
Para extraer un átomo de oro  
Del fondo pestilente de un pantano.

JULIÁN DEL CASAL.

## ECHEGARAY Y CASTELAR EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

La actualidad palpitante enlaza y une hoy con vínculos estrechos dos nombres ilustres: Echegaray y Castelar. Para la Real Academia Española de la lengua, la recepción de Echegaray constituye una gran solemnidad; para la literatura española un suceso culminante, para la prensa periódica un acontecimiento difícil de narrar, aunque sólo pretenda hacer una brevísima reseña.

Admirar á Echegaray y á Castelar es cosa fácil y corriente por lo acostumbrada; buscar adjetivos apropiados á su inmenso valer es ya algo más arduo: pretender decir de ellos algo nuevo, es punto menos que imposible.

Cuando el renombre y la fama rebasan ciertos límites, el historiador llena muchas páginas; pero el que sólo hace la crónica del día todo lo encuentra dicho. Ensalzar á Castelar, cuando aun resuenan en nuestros oídos los inmortales períodos de sus discursos, cuando su celebridad alcanza caracteres de universal, escribir unas cuantas líneas de alabanza, quemar el incienso de nuestra admiración ante Echegaray, sería en verdad ocioso, más aun, inútil.

Hay, pues, que cederles la palabra; espigar en el campo de sus ideas y refrenar la avaricia para poder ofrecer al público algo del tesoro, ya que sea imposible trasladarlo íntegro á las columnas de la prensa.

Oigamos, pues, al ilustre académico:

### **Mesonero Romanos.**

Don José Echegaray viene á ocupar en la Academia el sillón que dejó vacan-

te don Ramón Mesonero Romanos. Comienza su discurso, según práctica antigua, dedicando á su ilustre antecesor los párrafos siguientes:

“Curiosos contrastes, señores académicos, ofrece la vida á cada paso y no pocos este severo instituto en el inevitable proceso de su renovación. Contraste es y no pequeño en verdad, el que resulta de oponer los gustos artísticos, la índole de los trabajos y hasta las inclinaciones literarias del señor Mesonero Romanos, á mis propias inclinaciones, á mis modestas obras y á mis especiales tendencias . . .

Sabio y erudito, amante de lo clásico, ingenioso y festivo el señor don Ramón de Mesonero Romanos, marcó sus obras tan admiradas como populares con el sello y cifra de su personalidad literaria, que conservó íntegra á través de su larga carrera.

El señor Mesonero Romanos era observador por naturaleza: inclinado por instinto y por estudio á la sencillez clásica, sagaz en la crítica, porque era agudo y penetrante su ingenio; por nobles tendencias de su alma muy dado á todo lo que era español; y aunque juguetera y satírica, la musa del insigne académico siempre fue bondadosa y casi paternal para con los tipos y costumbres que ridiculizaba. Su sátira, ha dicho uno de nuestros más ilustres compañeros, en nada se parece á la indignación de Juvenal, ni al cómico desenfado de Aristófanes, ni á la descarada pero enérgica y profunda agudeza de Quevedo; no es tampoco su ironía la del humorista británico, que en sí encierra humorístico y altivo desdén, cuando no filosófico desprecio, ni la extravagante y mal intencionada, aunque muy honda y trascendental, de Rabelais . . .

Para vosotros, ilustres próceres de las letras, el preclaro escritor cuyo puesto, aunque indignamente, he de ocupar, es el erudito, el crítico y el literato; para el pueblo, que siente más que piensa, y que sólo pide al poeta risa ó llanto y emociones en suma, el señor Mesonero Romanos casi no existe, que no conoce más que al *Curioso parlante*; y entre todas sus obras, la que más le regocija es aquella en que se pintan por donosa manera tantas y tantas *escenas matritenses*, como fueron inocente alegría para nuestros padres, y para muchos de nosotros prologómenos casi de estudios y aficiones literarias, que más tarde habían de desarrollarse por diferentes rumbos.

Yo recuerdo que allá en mi niñez, y en la ciudad de Murcia, mi patria adoptiva, en los abrasadores días de uno y otro verano, y durante las horas de la siesta, *El curioso parlante* vino á trocar en regocijo mi hastío, mi cansancio en interés, y hasta refrescó con deleitosas brisas el oleaje de fuego, que á la murciana tierra parecía llegar desde las ardientes costas del África vecina.

Yo leía con afán uno y otro animadísimo cuadro de la vida madrileña: figuras cómicas, burlescas ó graciosas pasaban ante mí; sucesos sencillos, pero que interesantes me parecían, ataban y desataban sus nudos por las páginas de un semanario, que la diosa casualidad ó mi buena maña trajo á mi poder; todo un mundo desconocido por entonces para tan incipiente lector como yo era, presentábase á mi vista; y al leer el artículo que lleva por título *El prado*, afanábase por comprender lo que *El prado* fuese, imaginándome un jardín lleno de misterio y deleite; y al regocijarme con

*La comedia casera*, no adivinaba, que otras comedias habían de darme, al andar del tiempo, regocijos á veces, y á veces malos ratos; y al recorrer las líneas de uno de los pocos artículos sombríos que ha escrito el señor Mesonero Romanos, y que lleva por título *El campo santo*, no sospechaba, que mis futuras y criminales aficiones literarias habían de poblar más de un cementerio con rica pero fúnebre cosecha de muertos imaginarios.

No presumía yo de crítico por entonces, ni aun hoy mismo presumo; que presunciones tales á más sesudos y pro-  
 vectos literatos, ó á más desenfadados jóvenes, las abandono de buena gana: no cuidaba yo, en aquellas lecturas, de aquilatar el estilo, ni de buscar grandiosos pensamientos ó gallardos arranques, ni de ir señalando, para más detenido estudio, éste ó aquel párrafo, sazonado con esa gracia del ingenio, que más tarde hube de averiguar, que se llama *sal ática* por los que pueden, como por los que no pueden saborearla. Empezaba á leer por capricho; seguía leyendo, porque me interesaban aquellas escenas tomadas del natural en el rico repertorio de la comedia humana; acababa con ansia lo que con abandono empecé; y corrió el tiempo y á su par corrió el olvido, y al fin resulta, que muchos años más tarde, en este momento y ante vosotros, el recuerdo de aquellas entretenidas horas, se convierte en triste pero justísimo tributo á la memoria de aquel insigne crítico, que tan simpático fue á toda una generación, y que ha de ocupar puesto tan digno y preciado en la historia de la literatura patria.

Mas de cuarenta años ha que el nombre de *El curioso parlante* me encanta-

ba; hoy el nombre del Sr. D. Ramón Mesonero Romanos me entristece con la misma tristeza que vosotros sentís; y es que si á cada sonrisa que brota en nuestros labios, ó á cada placer que estremece nuestras fibras, pudiera seguirseles como á invisibles viajeros por las ásperas sendas de la vida, al fin les viéramos dar con frecuencia en raudales de llanto ó en ondas de amargura; con lo cual no es maravilla, que aquello mismo que empezó por regocijo de un niño, termine por corona fúnebre de un anciano.

#### **Tema del discurso.**

Me propongo presentar ante esta docta corporación algunas reflexiones generales sobre *la crítica* y el *arte literario*, y mi tendencia es ésta: que así como importa mucho para la marcha ordenada de la política, sobre todo en épocas de transición, que exista *una legalidad común*, no menos importa en el campo artístico y literario otra especie de legalidad común, dentro de la cual vivan y se desarrollen pacíficamente todas las escuelas y todas las energías, sin anatemas ni excomuniones desde arriba, sin odios ni enemigos desde abajo.

De suerte que, si mi discurso ha de tener algún título, que en rigor por lo desordenado no lo merece, bien pudiéramos darle el que acabo de indicar: de la legalidad común en materias literarias.

Señalo, en primer lugar, el estado caótico en que hoy se halla la crítica literaria, indicando á la vez el origen de situación tan triste: afirmo con energía la existencia, posible por lo menos, del conocimiento científico de la belleza: juzgo, en fin, que la crítica tiene obligación precisa de buscar sus reglas en las leyes

de aquella ciencia estética, y como estas leyes son amplísimas y abarcan lo infinito, rechazo todo exclusivismo de escuela ó de doctrina parcial.

Defiendo, pues, sucesivamente: al mundo clásico contra el mundo moderno, y á éste contra aquél; al idealismo contra el realismo, y á la escuela realista contra la soberbia de los immaculados; al arte contra el positivismo utilitario, afirmando la belleza, por la belleza, y por el contrario, proclamo como buenos los derechos del escritor, que busca contenido para sus obras en los grandes problemas de la vida, contra los defensores de lo insustancial.

#### **Idealismo y realismo.**

....Tras de la oposición del mundo clásico y el mundo moderno viene otra, profunda, eterna, entre el realismo y el idealismo.

Para unos críticos el idealismo ha muerto; fue sueño más ó menos plácido de otra edad infantil; pero sus fantasmas se desvanecieron al despertar á las realidades de la vida, y de este modo queda por sentencia inapelable la mitad del arte condenada á eterno silencio, y á desprecio profundo toda obra en que lo ideal resplandezca: fuego fatuo, bueno para corretear entretumbas, pero que no resiste la luz del sol. El arte según ellos, está única y exclusivamente *en la verdad, en la naturaleza*; más aún, en lo que se vé y se toca; en lo tangible, en lo real, en lo positivo; en suma, en los hechos sensibles y materiales.

Error profundo, exclusivismo irritante, punto de vista mezquino y doctrina inconsecuente consigo misma.

.....  
Si el idealismo es eterno: si el hom-

bre es hombre porque forja ideales: si por el ideal vive y en la realidad se duerme de aburrimiento: si transforma lo pasado en ideal por el recuerdo, y transforma lo porvenir en ideal por la esperanza: si serlo todo no es ser nada, si no se puede ser más: si quitando á la montaña sus cúspides se convierte en planicie estúpidamente nivelada, y quitando al Océano sus horizontes se convierte en miserable charca, y quitando al cielo sus lejanías infinitas se convierte en jaula más ó menos grande de cristal: si arrancarle al hombre sus ideales es como arrancar al águila sus dos alas: arrancádselas, y ya no volará por las alturas, arrastrará su caparazón mutilado por el suelo como los demás cuadrúpedos y reptiles: pues las alas del alma son los ideales, y con ellos, sólo con ellos, se arranca del dolor ó del desengaño de hoy para remontarse á la esperanza del mañana. El ideal es su única grandeza, porque sólo con sus ideales puede abrazar lo infinito que con sus mezquinos brazos cómo podría! El ideal es la perfección entera, porque la realidad en todo caso se compondrá de pedazos de perfección.

Por el ideal forjamos bellezas sin mancha, amores sin crepúsculos vespertinos, dichas sin amarguras, vidas sin muerte, y á cada eslabón de una alborada con su ocaso, atamos otro nuevo eslabón de otro nuevo día de más larga mañana y más luminoso poniente.

No: el idealismo no puede acabar, como no acaba el tiempo, como no acaba el espacio, como no acaban jamás las ansias divinas del espíritu.

Y ahora, en mi afán de ampliar la legalidad literaria y de abarcar el arte por todas sus fases y de huír de todo anatema, cambio de punto de vista y

miro á distinto rumbo del horizonte, y me paso al enemigo por traición piadosa, y salgo á la defensa de aquello mismo cuyas exageraciones he cometido.

.....

### La belleza.

*¡La belleza!* Lo que es no lo sabemos por ahora con certidumbre matemática; quizá no lo sepamos nunca; pero que la belleza es algo, que *existe*, que palpita en la naturaleza, y que así como la ola llega á la playa y rompe en espuma, ella, al llegar á cielos y tierra, rompe en hermosuras, en luces y en colores, y que al llegar á las sociedades y á los individuos, infunde en las pasiones buenas ó malas, hermosuras de idilio ó hermosuras de tragedia, bañándolas, ya con las alegres claridades del amanecer, ya con los rojizos ó cardenos resplandores de la tempestad, y que al llegar al cerebro humano, tanteando por las muchedumbres cráneos de ingrata piedra y cráneos de plasticidad artística, como tantea la lava de volcán resistencias y durezas de la costra sólida de la tierra para brotar en hirvientes ríos y penachos de fuego, cuando encuentra el cerebro del hombre de genio, por él brota como por sublime cráter en mármoles y broncees modelados, en lienzos encendidos de pintores, en cantos de poetas y creaciones mil, graciosas, bellas ó sublimes, y que al llegar al mártir toma palabra humana y dice entre dolores: *creo*; y que al llegar al héroe dice entre sangrientas victorias: *muerdo*; y que al llegar al sabio, dice espantando dudas: *sé*; y que al llegar al corazón, dice besando ideales: *amo*; y que al llegar á todas las juventudes, dice con todas las alegrías de la mañana: *vivo*; y al llegar al borde de

todos los sepulcros, dice al caer en medio de fantástica ronda de tristezas y esperanzas: *espero*; y que todo esto lo realiza en la naturaleza, y en la sociedad, y en el hombre. . . . ¡ah! que la belleza hace todo esto, nadie puede negarlo sin negar su propio sér y sin hundirse en la nada, y ni aun hundiéndose en ella: que la belleza suprema fue á llenar los negros abismos de silencio y negrura del caos con las divinas palpitations de la creación.

#### DISCURSO DE CASTELAR

En el discurso del ilustre tribuno es muy difícil escoger, porque todo es bueno. Copiamos los párrafos siguientes que representan parte escasísima del notable trabajo.

#### **Echegaray.**

Para no dejar ningún lado de alma y naturaleza tan extraordinaria en la obscuridad, precisaría representar á Echegaray sabio matemático, gran orador popular y gran orador parlamentario, economista consumado, ministro acertadísimo, poeta de primer orden. Cómo trazar este poema cíclico, semejante á los frescos vaticanos su extensión, dentro de una humilde acuarela? Podría escribirse, á la verdad, sobre cada uno de los oficios por Echegaray practicados, y sobre cada género de las obras por Echegaray hechas, libros y libros, á cual más importante, y que, sumados todos, resultarían de trascendencia indecible á las artes, á las letras, á las matemáticas, á la economía y á la política.

En mayor número de los tratados aparecería un Echegaray distinto, sin correlación alguna con los otros, no respondiendo la unidad invisible de su espí-

ritu á la unidad visible de su persona *india trimourti*, en la cual se os presenta más fácil distinguir la variedad de términos y factores que la común genialidad y sustancia.

Lo más extraño de este único ejemplar psíquico para el fisiólogo de almas, está en la circunstancia de haber juntado dentro de sí con una ciencia, tan abstracta como las matemáticas puras, donde lo proclaman maestro cuantos las conocen y frecuentan, aquel género literario, más próximo á la vida real, más animado por las humanas pasiones, más vívido, el Teatro. Yo no conozco ningún genio así. ¿Qué diríais de haber escrito en Alejandría el autor de los postulados una tragedia como el *Orestes*, y puéstose á disposición de cualquier Ptolomeo para ministro de Hacienda? Si quien calculó en Sicilia las leyes de los cuerpos inmensos en los líquidos, escribiera el idilio de *Galatea* huyendo á los requerimientos del amor en aquellas costas helénicas, ¡cuán extraño no hubiese aparecido ante la historia! Para mí, sólo Pascal, entre los matemáticos, obedece á dos vocaciones; pero tan análogas como la vocación de geómetra junto con la vocación de metafísico.

#### **Doble naturaleza.**

Las dos vidas de San Ignacio, la vida de soldado y la vida de eclesiástico, no están en desacuerdo tal como las dos vidas de nuestro compañero, la vida de matemático y la vida de poeta. No se me oculta que los números han tenido en las escuelas pitagóricas un valor metafísico; y que la medida y la proporción entran así en la metrificación de los versos como en el trazo de los relieves ó de

las estatuas; y que la notación en música se parece mucho á los signos en álgebra; y que la línea en pintura equivale á la idea en elocuencia; y que no hay arquitecto posible si no lleva dentro de sí mismo un geómetra consumado; y que así como se corresponden las notas del pentagrama con los colores del iris, pueden corresponderse las aptitudes puramente dramáticas con los estudios matemáticos; y que todavía existen astrónomos capaces de absorberse y arrobarse ahora mismo en las contemplaciones del éter y en los conciertos de las esferas: y que la unidad de facultades en el espíritu concuerda con la unidad de fuerzas en el cosmos, por aparecer el pensamiento en todas las manifestaciones de aquél, como en toda combustión de este último el oxígeno; pero sin desconocer ni negar estos principios generalés, no puedo sustraerme al embargo traído por una consideración muy sencilla, la consideración de que compadeciéndose tan mal entre sí las varias aptitudes en las mismas profesiones, los críticos y los oradores, los novelistas y los dramaturgos, los músicos de las composiciones destinadas á la orquesta y los músicos de las composiciones destinadas al teatro, cómo habrá querido la naturaleza reunir en un solo sér la intensidad de abstracción pedida por los cálculos sublimes y la fuerza de pasión demudada por los personajes y los argumentos y los enredos de la comedia y del drama?

### La inspiración.

La inspiración se nos ofrece á la continua como un gran misterio. Nadie lo explica. Los apotegmas del idealismo objetivo á este respecto parecen más bien odas metafísicas que razonamientos

probados. Late algo de theurgia en el alcance concedido á las intuiciones, que centellean todas con relampagueos de milagro. Así las apoteosis de los tiempos antiguos vuelven, los semidioses resurgen y el cariño á los hombres superiores concluye por teñirse con los arrobos del culto. La intuición interna, las inspiraciones continuas, ¡cuál secreto! el saber contemporáneo quiso explicarlo, y únicamente acertó, en su orgullo, á sumar palabras y palabras ideicas. La teoría de lo inconsciente añade oscuridad á la oscuridad. Según se contempla más ese misterio de la resurrección del genio, menos creemos en los empeños de la casualidad, elevada por alguien á diosa, como la fortuna. Ya pueden caer en la cabeza de los tontos las manzanas producidas por todos los manzanales del campo; no sacarán lo que sacara una sola del cacumen de Newton, la gravitación universal. Cuán poco de fortuna y cuanto de esfuerzo en las copiosas riquezas; cuán poco de inspiración, y cuanto de meditaciones y estudios en las grandes inteligencias. El acaso va cada día menguando más por inexplicable, y creciendo el principio de las finalidades, mostrado por la correlación entre las vocaciones y los destinos. Parece imposible haya cosa tan simple como que la extensión sola no constituye los cuerpos, tardado tanto en conquistar las inteligencias después de Descartes y Espinosa; cual parece imposible que la teoría del medio ambiente haya prevalecido tan tarde, cuando no hay alma que borre de sí el beso recibido de la luz que iluminara su aparición en el mundo, ni que deje de guardar un carácter vegetativo, como decía la escolástica, en el jugo prestado á su espiritual esencia y sustan-

cia por la tierra donde se ha nutrido el cuerpo á quien anima. Echegaray llegó cuando debía llegar al templo de las letras, é hizo cuanto hacer debía en sus trabajos y esfuerzos. A la poesía espontánea ó inspirada de los románticos precisaba que siguiera la poesía reflexiva y consciente de los sabios.

### El idioma.

... Esas sumas de hombres, conocidas con el apellido de confederaciones, nunca conseguirán lo conseguido por España: identificar tantas razas diversas en superior nación. Así la idolatramos y no podemos definir esa idolatría sino calificándola de culto filial: cuántas desgracias inmerecidas, y cuántas felicidades también, para las cuales no podemos presentar ningún título! Cuando corría mi lejana infancia, sentíame yo poseído por el culto á la santa mujer que me diera la vida y por el culto á España de que cien pruebas tengo ya ofrecidas en mi tormentosa existencia. Y muchas veces, cuando balbuceaba en compendios las páginas más ilustres de nuestra historia, y veía la mirada maternal, atenta, como en éxtasis, al libro y al hijo, yo solía preguntarme, allá en las indecisas interrogaciones propias de los niños: Dios mío, ¿qué mérito habré contraído antes de nacer para que me hayáis dado una madre tan buena y una patria tan grande? No se puede saber cuánto ama uno á su madre, sino sobreviviéndola, como por ley general se le sobrevive; no se puede saber cuánto ama uno á su patria, sino separándose de ella por proscripción y por fuerza.

Todo el planeta es tierra, decía yo en mis destierros, pero no es la tierra, cuya sustancia llevamos en nuestras venas;

toda la atmósfera es aire, pero no es el aire que recogió nuestros primeros suspiros; todo el sol es luz, pero no es la luz de la cual llevaremos hasta morir un beso en la frente; todos los hogares ofrecen calor y abrigo, pero no es aquel calor ni aquel abrigo que os dio el hogar santificado por las lágrimas que costaran vuestras vidas; todas las iglesias son una, pero sus campanas no suenan como aquellas que han doblado por la muerte de nuestros progenitores ó que nos han traído el *Ave María* á los labios en la tarde, cuando pliegan las aves sus alas sobre el ramaje y despliegan los astros su luz en el espacio; todas las lenguas son humanas, pero no son aquella lengua de la cual nos hemos valido para decir madre mía y amor mío, con la cual en los labios queremos presentarnos al juicio de Dios: que todos los recuerdos más santos y todas las esperanzas más consoladoras se concentran en el culto á la patria; y toda el alma de la patria en su lengua, legado glorioso recibido de nuestros escritores inmortales, y que debemos como un vínculo sacro, transmitir de generación en generación hasta la más remota posteridad, cual merecen su gloria y su grandeza.

---

### MISCELÁNEA.

---

EN el número 6 de "La Nueva Enseñanza", correspondiente á junio último, tuvimos el gusto de leer dos interesantes composiciones de las distinguidas profesoras señoritas Joaquina Olmedo y Adela A. Orantes. La de la señorita Olmedo es contestación á la disertación que sobre la memoria leyó nuestro querido consocio don

Isaías Gamboa en la 5ª Conferencia de la Sociedad Pedagógica de El Salvador, y la de la señorita Orantes es un estudio acerca de las conclusiones que adoptó el primer Congreso Pedagógico Centro-Americano sobre el tema adicional "Educación de la mujer". Regocijamos en extremo que la mujer salvadoreña, que está ya dignamente representada por un selecto personal de profesoras en la Academia de maestros de esta ciudad, emprenda trabajos que como los indicados son de grande y positiva utilidad social. Aunque tarde, enviamos nuestra felicitación á las señoritas Olmedo y Orantes, por sus ameritadas producciones.

NUESTRA distinguida consocia y amiga la gran poetisa y escritora centro-americana doña Vicenta Laparra de la Cerda, honra una vez más las columnas de nuestra Revista con su siempre deseable colaboración; cabiéndonos la satisfacción de empezar en el presente número, á publicar un hermoso trabajo suyo, denominado "Víctimas inocentes" y con bondadosa galantería dedicado á "La Juventud Salvadoreña".

¡ Gracias, mil gracias á la ilustre autora por su constancia para con nuestra Sociedad y por la benévola y honrosísima dedicatoria de que se ha dignado hacernos objeto!

TAMBIÉN agradecemos al inspirado y aplaudido bardo salvadoreño don Calixto Velado, las

bellas estrofas conque, por excelsiva nuestra, adorna las páginas del presente número. Que el poeta Velado no olvide nunca la alta estima en que le tenemos y que continúe ayudándonos constantemente con su valiosa colaboración.

PRESENTAMOS á nuestro apreciable amigo y ex-consocio don Nicolás Leiba, la expresión de nuestra más sincera condolencia por los consecutivos golpes luctuosos que acaba de sufrir con la muerte de sus queridos hermanos el "sacerdote modelo" don Mariano de Jesús y el señor don Carlos Leiba. Deseamos para ambas víctimas la bienandanza eterna, y todos los consuelos celestiales para la estimabilísima familia Leiba.

EL eminente literato salvadoreño don Francisco Gavidia, acababa de regresar al seno de su familia y de la Patria, después de cuatro años de emigración. Nos complacemos en saludarlo muy cordialmente y en poner á su disposición las columnas de "La Juventud Salvadoreña"

ACABA de morir en esta capital el reconocido escritor antillano don Silverio A. Guridi (Q. E. P. D.) Las letras nacionales, y con éstas "La Juventud Salvadoreña", deploran su repentina y eterna desaparición.